



ARQUITECTURA HOSTIL

LUIS FERNANDO RANGEL

PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA
CON TRAYECTORIA - 2025

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

José Arturo Santillanes Hernández
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA

Heber Mauricio Rivera Anguiano
FOMENTO A LA LECTURA

ARQUITECTURA HOSTIL
© Luis Fernando Rangel

Primera edición:
Septiembre 2025

Ilustración de cubierta: *Bauhaus inspired pattern background illustration*. Usada bajo la licencia Creative Commons Zero (CC0). Imagen de la página web rawpixel.

Ilustraciones de interiores: Ramón Rangel (@barbasdetoro)

ISBN: En trámite

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

CONTENIDO

PRÓLOGO. LA CASA QUE SE DERRUMBA SOBRE NOSOTROS	15
HISTORIA DEL FRÍO	23
FÓSILES	33
DARWIN	39
LA REPÚBLICA POPULAR DE LOS GATOS	45
EN EL ASFALTO NO FLORECEN LOS CEREZOS	51
LA CASA DESAPARECIDA	59
ESPÍAS	67
OTRA PELÍCULA DE GUERRA	73
YA NO SOMOS PUNKS	81
EL ÁRBOL MÁS HERMOSO DEL JARDÍN	87
DEVIL TOWN	99
RAINBOW ROAD	105
HOUSTON, TENEMOS UN PROBLEMA	113
ZAPPING	125



*“Un escritor escribe su libro para explicarse
a sí mismo lo que no se puede explicar.”*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

A ún recuerdo con emoción la primera vez que leí *El Principito*. Sin lugar a duda, la manera en que un libro puede conmover y modificar la forma de ver el mundo es irrepetible.

En un tiempo tan convulso como el que vivimos, escribir es un acto de libertad y de esperanza. Las buenas historias no sólo entretienen: nos ayudan a entender la realidad y nuestra propia vida.

Por eso, desde el Gobierno Municipal fomentamos el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura. Este esfuerzo abre camino a nuevos escritores de nuestra ciudad, ofreciendo un foro para compartir sus ideas y visiones.

El PECH es más que una colección de libros: es la voz de las y los autores chihuahuenses. Porque la literatura — el arte de la palabra escrita — nos da identidad. Somos, en gran medida, lo que leemos y lo que escribimos.

Reafirmamos así nuestro compromiso con la cultura y con quienes la sostienen: nuestros artistas y creadores, esos soñadores que nos regalan un poco de su intimidad en cada página y obra que hacen.

Así, no me queda más que decir: gracias. Gracias por hacer de nuestra ciudad un espacio donde las ideas y el arte florecen.

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

*“Escribir es un acto de resistencia, una forma
de desafiar al mundo y dejar una
huella duradera en él.”*

TONI MORRISON

En este año 2025, el Programa Editorial Chihuahua continúa consolidándose como una de las plataformas más valiosas para las y los autores de nuestro municipio. Gracias al esfuerzo del Gobierno Municipal, a través del Instituto de Cultura, hoy celebramos la publicación de 12 nuevos títulos en la colección PECH 2025 y PECH infantil y juvenil 2025.

Con más de 60 títulos publicados desde su creación, el Programa Editorial Chihuahua reafirma su compromiso de ser casa y refugio para la palabra escrita, acompañando tanto a voces nuevas como a autoras y autores con trayectoria. Esta colección es un testimonio del talento creativo que existe en Chihuahua, y una invitación permanente a acercarnos a los libros, a las ideas y a las historias que nacen de nuestra tierra.

Agradezco profundamente a las y los autores de Chihuahua por su confianza y por seguir compartiendo su visión del mundo a través de la literatura. Sus obras son faros que iluminan a nuestra comunidad, y que fortalecen nuestra identidad.

Invito a todas y todos a leer los libros de esta colección y a descubrir en ellos la riqueza de nuestras letras. Con gratitud y entusiasmo, felicito a quienes hoy forman parte de la colección PECH ¡Que estas páginas sigan siendo fuente de inspiración, encuentro y orgullo para nuestra comunidad!

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL
MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

LA CASA QUE SE DERRUMBA SOBRE NOSOTROS

Escribir cuento es una forma de observación del universo, a la vez que un estudio de la naturaleza humana. Desde sus inicios, el lenguaje ha servido no sólo para nombrar la realidad, sino para expandirla e ir más allá, para crear lo que no existe y descubrir, quizá atisbar apenas, quiénes somos o hemos dejado de ser.

En los catorce cuentos que componen *Arquitectura hostil*, Luis Fernando Rangel nos presenta un abanico de personajes con un complejo mundo interior, desde el cual analizan —y a menudo juzgan— el mundo exterior, ese lugar en constante cambio en el que existen el norte de México, la frontera con Estados Unidos de América y esas pequeñas ciudades en medio de ambos, donde se desarrollan historias cotidianas, pero no por ello menos intensas para quienes las viven.

El padre, la violencia creciente, la omnipresencia de los miembros del narcotráfico, la muerte que acecha a la vuelta de la esquina y hasta los dinosaurios son motivos recurrentes en estas historias, narradas con un lenguaje coloquial,

reflexivo e íntimo, en el que asoman resabios del oficio primigenio de poeta de Rangel. Al leer estos cuentos, el lector transitará por una galería en la que el autor expone una serie de instantáneas de la soledad, imágenes en las que el movimiento es pura ilusión, pues los personajes suelen quedarse como congelados ante la trayectoria de su propia imaginación o la profundidad de los recuerdos de su más tierna infancia. Reacios a la acción, los protagonistas se entregan, sin dudarlo, a la elucubración y la memoria, sin importar el inminente derrumbe de sus lugares seguros, oprimidos por la hostilidad de la vida.

Del mismo modo que el protagonista de “Zapping”, el cuento que cierra este volumen, saltamos de una historia a otra sin pausas ni descanso; así, atestiguamos la lenta muerte de una relación de pareja, el vacío que deja un padre al fallecer y la victoria de un niño en una copa de *Mario Kart 64*, con la misma naturalidad que nos resignamos a aceptar el horror de la desaparición de un grupo de estudiantes, cuyas madres pescan cadáveres de ahogados en el mar sólo para tener algo que enterrar.

Como bien nos enseñaron *Los Simpson* en el emblemático episodio “22 historias cortas sobre Springfield”, cada día acontecen miles de historias secretas que merecen ser narradas. Luis Fernando Rangel ha aceptado esta encomienda con imaginación, sensibilidad y ligeros toques de humor negro. Aquí está el resultado.

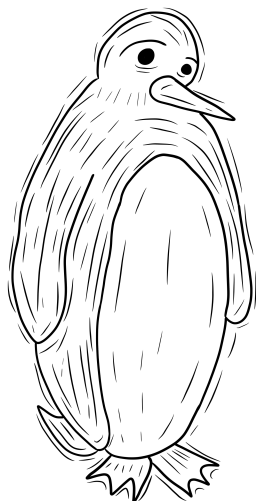
ATENEA CRUZ

ARQUITECTURA HOSTIL

a Lorena Aviña, por hacer del mundo un lugar menos hostil

*Y era una cosa más de todo lo que habíamos
perdido al otro lado de la casa.*

JULIO CORTÁZAR



HISTORIA DEL FRÍO

*Todo el año es invierno junto a ti,
Rey Midas de la nieve.*

ELENA GARRO

— ¿Cuál es el día más importante para los pingüinos? — me preguntó.

La vi mirar la pantalla de la computadora mientras mordeía el borrador de un lápiz. A un lado, las hojas que transcribía: llenas de tachones, apuntes de teléfonos, nombres de libros y personas, direcciones, dibujos esbozando las siluetas de algunas aves, y notas de las ideas que se le ocurrían para comenzar los próximos capítulos del libro en el que estaba trabajando. Y ahí, encerrada en tinta roja, la pregunta. «¿Cuál es el día más importante para los pingüinos?».

Ángela regresó la mirada a donde me encontraba y me repasó a detalle. No respondí. Sé que buscaba la respuesta en mis ojos y, al darse cuenta de que era inútil, regresó la mirada a la computadora. Hacía un poco de frío y por la ventana se filtraba la luz de la tarde. Era otoño.

A veces sus preguntas querían decir otra cosa que no alcanzaba a entender, como si preguntar «¿cómo es el azul?» fuera preguntar «¿por qué el cielo y el mar comparten el mismo color?». Tras el cuestionamiento, terminaba por confirmar que su mirada era como la de una niña que pregunta tras pregunta espera una respuesta asombrosa que le ayude a descubrir otros lugares del mundo. «¿Cómo será poder volar? Imagina conocer todos los bosques de la tierra, cada montaña, cada llano, cada ciudad». Siempre que lanzaba una pregunta, tenía la misma mirada: brillante y desbordada de asombro. Por eso me gustaba verla como se ve al horizonte esperando la revelación de cada atardecer.

Sus ojos eran verdes, pero no todos los ojos verdes son iguales, los de ella me recordaban a los árboles que vi por la carretera la primera vez en la que viajé al centro del país, cuando asistí a un curso de investigación para hablar sobre la crisis migratoria que atravesaba la nación. Aquel día, en cuanto subí al autobús, me quedé dormido, pero una vuelta muy pronunciada me despertó. Al abrir los ojos, me encontré con las llanuras inmensas de sol y arena, sólo para darme cuenta de que habían pasado cinco horas y apenas estábamos saliendo del estado. Me lamenté porque todavía quedaba un largo camino por recorrer, pero descansé la mirada en el paisaje, en lo poco que podía: algunos mezquites, las cercas de alambres y una parvada que alcancé a ver a lo lejos. Cuando por fin llegué a mi destino, el paisaje se tornó verdísimo. Los árboles se alzaban inmensos sobre la carretera.

Conocí a Ángela en una reunión de excompañeros universitarios. Ella iba acompañando a un amigo y esa noche

abandoné a mis conocidos para poder conversar con ella. Mientras ellos buscaban presumir lo poco que habían logrado, yo me esforzaba en llamar su atención. Recién habíamos terminado la licenciatura en literatura unas semanas atrás y ante el desempleo no nos quedaba sino aferrarnos a nuestros pequeños triunfos. La graduación pasó desapercibida por todos, fue una ceremonia desafortunada en un salón de eventos infantiles acondicionado para la ocasión, y cada quien escapó con su familia para celebrar que concluimos una carrera que nos condenaría al fracaso. Entonces me dediqué a cultivar un jardín en el cual poder conversar con ella. Me dijo que todavía seguía estudiando, cursaba la licenciatura en biología y le faltaba un año para terminar, pero ya estaba trabajando en su tesis, un trabajo sobre las aves, sus rutas de vuelo y sus procesos migratorios.

Apenas un par de años atrás, una caravana compuesta por miles de personas cruzó el país para llegar a los Estados Unidos en busca del «sueño americano», una forma irónica de llamarle a la promesa de una vida mejor al otro lado de la frontera. Ellos no iban en un camión, como yo, sino que se montaban al lomo de La Bestia, un tren que atravesaba todo el país, que recibía su nombre por lo terrible que podía ser, como un animal que ataca a la menor provocación. Así cruzaban el territorio nacional. El primer reto era enfrentarse al clima, que iba desde las lluvias más intensas hasta un calor insoportable, sobre todo en la región norte, en el desierto de Sonora. Pero lo peor no era el clima, sino la violencia que azotaba al país, que día a día dejaba decenas de muertos y desaparecidos. Los migrantes tenían que sobrevivir a las pandillas, a los narcotraficantes y a los policías que, a fin de cuentas, terminaban por ser lo mismo: una organización criminal.

Pensé en qué empujaba a las personas a huir de sus países y me pregunté cuánto tiempo era necesario para atrave-

sar un país. Durante el curso al que asistí aquel verano, me di cuenta de que cruzar todo México significaba atravesar casi cinco mil kilómetros y me pregunté de qué tamaño es el infierno. Ángela se preguntaba por el tamaño del cielo. Escribía un libro sobre las aves y llevaba años investigándolas. Ahora ya había egresado de la universidad y pensaba en publicar aquella investigación, que le serviría para titularse. Cada noche, desde la computadora del departamento, escribía sin parar. Yo sólo escuchaba el golpe de los dedos contra las teclas como los pasos ansiosos de quien persigue una idea.

Por las tardes se sentaba en el parque que estaba a un par de cuadras del departamento para observar las aves y dibujarlas. Además de su gusto por la ciencia, durante la infancia dedicó casi todo sus cursos de verano a aprender sobre arte y literatura. Era buenísima dibujando y en algún punto de su vida coqueteó con la idea de estudiar artes y dedicarse a la pintura, pero su madre le dijo que se moriría de hambre y ella se convenció de que era cierto. Ahora sus dotes le servían para registrar información necesaria para su investigación. A veces, trazar aquellas líneas, también era una manera de encontrar un momento para huir de lo cotidiano e imaginar otros mundos posibles. Las viñetas eran pequeños escapes creativos que le servían para encontrar las palabras precisas. Por eso, cada que veía un ave diferente, saltaba de emoción, en una rutina de pasos pequeños para cuidar que las aves no se asustaran y elevaran el vuelo. Trazo a trazo trataba de atraparla. Después se dedicaba a contemplarla hasta que volaba. Sin embargo, más allá de cualquier descubrimiento, le pesaba una ausencia: se sentía triste porque nunca había visto a un pingüino. Eran su ave favorita porque nadaban, vivían en el frío y no podían volar. «¿Qué clase de ave es?», se preguntaba siempre entre risas.

Cuando comenzó su interés por los pingüinos, más o menos en la adolescencia, cuando su mamá le regaló un peluche, se sorprendió al darse cuenta de que sus procesos migratorios eran diferentes al del resto de las aves. Los pingüinos migraban nadando y podían recorrer distancias de hasta mil kilómetros. Así compensaban el vuelo con el nado. Surcaban las aguas más frías en lugar de atravesar el cielo. Yo sentí la misma sorpresa cuando leí que una vez un grupo de cubanos huyó de la isla nadando hasta llegar a Miami. Atravesaron una distancia de quinientos kilómetros. Me resultaba imposible imaginarlo. No sabía nadar, pero me gustaba visitar el mar durante el verano. Aunque ese verano no viajamos a ninguna playa. Tampoco salimos de vacaciones. Ella estaba demasiado concentrada en su investigación y sólo tenía tiempo para leer, escribir y dibujar. El único escape que compartíamos era caminar por el parque. Nos gustaba pisar las hojas que el otoño esparcía sobre la banqueta y escucharlas crujir. Después reíamos hasta que nos dolían las mejillas y regresábamos a casa con la convicción de saber que podíamos caminar sobre el fuego.

Fue entonces cuando comenzaron los planes para el invierno. Ángela ya pensaba en la navidad. Se trataría de la primera vez que la celebraríamos juntos. A la par, festejaríamos que estaba por terminar su investigación. Un primer borrador estaba siendo revisado por sus maestros. Inclusive uno de ellos le mencionó la posibilidad de publicarlo en una de las grandes editoriales transnacionales, de esas que están en todas las librerías, de las que acaparan el mercado, monopolizan el gusto y dictan el canon, porque le confesó que tenía algunos amigos metidos en la dirección, sólo era cuestión de firmar el libro como una coautoría: entonces el libro, que escribieron entre Ángela y el maestro —que colocó un par de puntos y comas—, vería la luz en México, Argentina, Colombia y España, con la posibilidad de ser traducido

o ser material para que algún documentalista de la agencia editorial lo usara como punto de partida para cualquier producción audiovisual. Ángela no lo dudó. Le emocionaba que su investigación viera la luz, aunque el maestro le robara el crédito, pero ni siquiera nos sorprendió, porque durante nuestros años universitarios presenciamos la corrupción que permeaba en toda la estructura de la academia.

Otro maestro, que fue de los primeros en cobijarla cuando se dio cuenta de su interés en las aves, le comentó que una universidad nacional, de la cual formaba parte como investigador, le ofrecía estudiar su posgrado con una beca. La única condición era que él tendría que ser su asesor de tesis. Él, al igual que Ángela, guardaba un profundo amor por las aves. De niño le gustaba sentarse en el jardín a ver el árbol que estaba en medio del patio. A veces llegaban algunos pájaros para cantar o anidar: le gustaba encontrarse, año con año, a uno diferente; cerraba los ojos y adivinaba de cuál se trataba simplemente con escucharlo. Por eso, cuando leyó la investigación de Ángela, la llamó para trabajar a su lado.

Durante los últimos tres años, aquel maestro, consternado ante un hecho inexplicable, registró la muerte de aves en condiciones extrañas y comenzó a observar cómo otras entraban en procesos de extinción masiva. Además, las olas de calor del último verano dejaron un saldo de miles de aves muertas, agravando la situación. Por eso le dijo a Ángela que el gobierno quería investigar de qué se trataba y lo llamaron, pero su labor administrativa en la universidad, junto con sus clases, le impedían dedicarse de lleno. De inmediato pensó en ella y la recomendó. Los otros investigadores, que no se podían encargar del asunto, estaban ocupados en procesos burocráticos para obtener sus becas y premios al desempeño docente por salvar la vida de los animales desde sus sesudas investigaciones sobre el calentamiento global. Pero a Ángela no le interesaba eso, ella no buscaba el reconocimiento, sólo

quería ayudar a las aves, saber que cada que levantara los ojos se encontraría con una en vuelo.

El maestro le dijo que estaban buscando qué soluciones se podían encontrar para frenar aquel fenómeno tan peculiar. Ella le dijo que sí. Era el sueño de su vida. Se recordó de niña, cuando recogía las aves heridas que encontraba en la calle y las llevaba a casa para cuidarlas hasta que pudieran volar, entonces las soltaba de nueva cuenta para que regresaran al mundo, no importaba si era para dar el último vuelo, pero al menos que tuvieran la libertad de elegir en qué lugar caerían. Esa misma tarde le envió por correo todos sus documentos. El maestro le dijo que tal vez en dos o tres meses se pondrían en contacto.

—¿Cuál es el día más importante para los pingüinos? —me volvió a preguntar una tarde mientras veíamos la televisión.

Desde que envió aquel correo, no hablamos de su investigación, y las noticias, de acuerdo a lo que le dijo su maestro, estaban por llegar. Una sensación extraña comenzaba a apoderarse de mi cuerpo. Se trataba de una necesidad de estar en constante movimiento, que encontró cabida en mis pies siempre sacudiéndose, chocando contra el piso cada que estaba sentado; o en las manos, que parecían arañas, que obligaban a mis dedos a moverse como si estuvieran bailando. A veces se tornaba en un vuelco en el corazón o inclusive en un hormigueo en los brazos o las piernas. Sin embargo, trataba de evitarla ocupándome en otros asuntos: instalamos un jardín horizontal en la pared que daba la bienvenida al apartamento, así que me dedicaba a cuidarlo, y ver los ojos de Ángela me hacía pensar en jardines hermosos, como los Jardines Colgantes de Babilonia o el Jardín del Edén. Pero su mirada comenzaba a apagarse.

—¿Cuál día? —insistió.

El reportero hizo hincapié en que otra vez se encontró un cementerio de aves en las calles de la capital del país.

Un fenómeno similar ocurrió en una localidad a dos horas de donde vivíamos. Las aves volaban por la ciudad y poco a poco comenzaron a caer muertas. Al día siguiente llovió sangre. Algunos grupos religiosos comenzaron a hablar de las plagas y el fin de los tiempos. Culpaban al gobierno, que permitía tantas cosas inmorales, que cobijaban acciones que iban contra la voluntad de Dios. Decían que esta tierra, poco a poco, se estaba transformando en Sodoma y Gomorra. Algunos más se dedicaban a martirizarse como un sacrificio. Otros tantos salían a las calles a protestar contra las empresas capitalistas que agotaban los recursos naturales y contribuían, en gran medida, al calentamiento global. Ángela lloró, no por el fin del mundo, sino por el fin de las aves.

Pensé en responderle que el día más importante para los pingüinos era cuando pisaban la tierra después de nadar. Imaginé que el alivio del descanso era motivo suficiente. Ahora, en el noticiero, hablaban de un accidente que cobró la vida de una decena de migrantes que viajaban en el remolque de un tráiler. El gobierno investigaba cómo era que sucedió. La corrupción iba desde el escalafón más alto. Me lamenté. Recordé a un grupo de personas que vivían debajo de un puente que estaba de camino a casa, en el cruce de dos avenidas muy importantes, cerca de unas vías del tren. Alondra, una de las mujeres que vivía ahí, quiso cruzar al otro lado, pero no pudo y fue deportada a la frontera. Cuando trató de regresar a su hogar, en el centro del país, sólo le alcanzó para llegar hasta la capital de este estado fronterizo, en donde se instaló temporalmente. Ahí improvisó un lugar para dormir y construyó un pequeño cuarto con cobijas y tabloncitos. Su hogar era la calle. No sabía cuándo regresaría a casa, pero guardaba la ilusión de volver, la atesoraba dentro del pecho para encontrar fuerzas y seguir adelante.

—El día en que nacen, el día en que encuentran pareja, cuando nacen sus crías, cuando descansan después de nadar tanto. No sé... —le respondí a Ángela.

Cerró los ojos mientras repasaba mi respuesta. Guardó silencio. Yo pensé que Ángela era como las aves. Se levantó, se fue al dormitorio y yo apagué la televisión.

—¿Qué haremos en navidad? —preguntó al día siguiente, mientras se asomaba por la ventana, buscando en las nubes el pronóstico del clima.

Nadie pasaba por la calle. Todas las hojas de los árboles del camellón central cayeron y en el parque no había más hojas para caminar sobre el fuego.

—No sé, ¿qué quieres hacer tú? —respondí con otra pregunta.

Un extraño silencio habitaba entre nosotros. A la distancia, nos veíamos como una presa ve al cazador, como esperando el momento preciso para la defensa y el ataque.

—Me iré a Argentina... —respondió de golpe.

Ni siquiera pude decir algo, no encontré la respuesta, pero me di cuenta de cuál era el día más importante para los pingüinos y entendí que Ángela también lo acababa de descubrir.

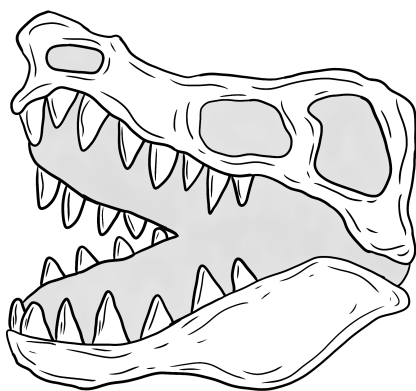
—Mira, estudiaré mi maestría allá, no te lo dije —continuó—. Hace poco me di cuenta de que existe una reserva de pingüinos y están buscando alguien que vaya a cuidarlos, a investigarlos, a vivir con ellos. Quiero conocerlos, quiero hacer otras cosas, quiero estar en otro lugar. Sé que no podremos seguir juntos a la distancia. Lo siento. Si te sirve de consuelo, también rechacé la beca y la publicación del libro...

Esa tarde descubrí el cuerpo de una paloma a un lado de la ventana. No le dije nada, sólo dejé que los gatos jugaran con ella, que su cuerpo fuera motivo de alegría para los felinos. Se trataba de una extraña venganza personal. Ella

mantenía los ojos clavados en su computadora, mientras tecleaba, y de vez en cuando miraba al techo. Tenía mucho tiempo sin asomarse a la calle.

Con el pasar de los días, poco a poco habitamos lugares diferentes de la casa. Cada quien delimitó su espacio. Su hogar se limitaba a la habitación; el mío, a la sala. El invierno se instaló con una nevada que cubrió de blanco todos los edificios de la ciudad. Al día siguiente, Ángela emprendió la marcha. Ese día me dediqué a verla guardar las cosas que se llevaría; recolectando lo que durante meses se encargó de instalar en la casa hasta volverla un hogar. La temperatura descendió a diez grados bajo cero. Las tuberías del departamento se reventaron. Nos quedamos sin agua, sin comida y sin gas. No se bañó, pero poco importaba, porque al llegar a la capital del país, en su escala, entraría al hotel y podría darse un baño con agua caliente. Luego tomaría su siguiente vuelo y se instalaría en una habitación con aire acondicionado para combatir el calor de su primera navidad en el hemisferio sur. Yo tampoco me bañé, no comí y ni siquiera fui a acompañarla al aeropuerto.

La noche del 24 de diciembre, mientras cenaba puré de papa con panecitos de mantequilla, me senté a ver películas navideñas. No pasaron *Mi pobre angelito*, pero vi *El regalo prometido*. Ese día volvió a nevar. En la calle los niños caminaban abrigados y dando pasos torpes. Recordé cuánta ilusión me causaba la nieve cuando era niño. Ahora nevaba, pero no tenía ganas de salir y construir un muñeco. Pensé en Ángela y en qué estaba haciendo. En el parque no había más aves y me pregunté si ya conocía a los pingüinos.



FÓSILES

*...me pregunto en qué momento
los dinosaurios sintieron
que algo andaba mal.*

FABIÁN CASAS

José está jugando en el montón de arena que se encuentra frente a la construcción de su futura casa. Invitó a Jesús, su mejor amigo, para construir ciudades para las hormigas, y las tapias, elevándose como gigantescos muros, les brinda la sombra suficiente para poder jugar.

Un perro flaco se echa en el montón de tierra. Los niños se emocionan por la inesperada visita. El perro pronto pasa a ser una montaña en donde pequeñas edificaciones de piedra le coronan el lomo. La montaña tiembla y derriba los

pilares del mundo: aquel escenario se viene abajo entre las risas de los constructores. Una sacudida y el polvo regresa a su origen en la montaña de arena. Las hormigas huyen.

José le dice a su amigo que deberían jugar a ser arqueólogos. Ni él ni su amigo saben con claridad qué es aquello de la arqueología, pero recordando el documental que vio la noche anterior en casa de su abuela, le explica a su amigo que un arqueólogo es una persona que busca construcciones antiguas, piedras maravillosas y huesos enterrados en la tierra. Piensa en que es algo así como ser un pirata, pero en lugar de buscar un tesoro, van a buscar los restos del pirata que lo enterró.

A Jesús le encanta la idea y los dos amigos pronto se ven transformados en arqueólogos, buscando huesos y ruinas en el montón de arena. Por eso cada que encuentran un hueso de pollo, una rama seca, una piedra extraña o cualquier cosa brillante y misteriosa, la separan y la colocan en una lonchera de metal con estampado de superhéroes: en ese pequeño maletín se encuentra la evidencia de sus investigaciones.

Después de un rato jugando, aseguran haber encontrado los restos olvidados de una antigua civilización bajo el montón de arena. Piensan que se trata de una civilización perdida en el tiempo, pero tan avanzada tecnológicamente que nosotros parecemos los que estamos en el pasado, por eso la imaginan con construcciones piramidales y excéntricas tumbas para sus reyes. Dicen que cada rama es una viga; que cada piedra es un fragmento de la muralla que en años anteriores circundaba la ciudad; que cada insecto es un esqueleto; y las hormigas son las únicas sobrevivientes de aquella civilización que existió en tiempos mejores.

Sus labores de arqueología rinden frutos y la noche llega sin avisar. Jesús regresa a casa cuando su tía vuelve por él. José se queda solo durante un rato. Le obsesiona tanto su descubrimiento que no quiere irse, pero por más que

pide a sus padres permiso para poder pasar más rato con la excavación y las exploraciones, le niegan el deseo. José, molesto, sube de mala gana al carro de su padre.

En el camino, de regreso a casa de su abuela, piensa en el dinero que puede ganar luego de venderle a los museos todos sus descubrimientos. Ignora que así se crearon los grandes imperios. No sabe de las ruinas como un trofeo ante la conquista y la batalla. Se imagina diciendo que descubrió huesos de dinosaurios desconocidos, artefactos extraños, grandes avances tecnológicos y piedras de construcciones de civilizaciones tan antiguas que cambiarán el rumbo de la ciencia. Piensa en el valor de los huesos y las piedras; en cuánto valen las cosas y cuánto importan; en cómo al morir se volverá un tesoro enterrado que alguien encontrará y se sentirá orgulloso. Quizá los arqueólogos del futuro, al encontrar sus huesos, dirán cómo fue la civilización en la que vivió; una civilización, para entonces, antiquísima.

José alguna vez leyó que los dinosaurios fueron los primeros habitantes del planeta y se preguntó cómo era el mundo en aquellos años. ¿Existiría una civilización de dinosaurios? Contrario a lo que sucede en caricaturas y películas, se enteró de que los humanos no compartieron su vida con estas criaturas. Recuerda las palabras de una enciclopedia colorida que le regalaron sus papás: «No se conoce su origen exacto, pero se cree que vivieron hace cerca de 243 millones de años y que reinaron en la tierra durante 135 millones de años». José se pregunta cuántos años lleva el humano reinando en la tierra, porque según el libro se estima que los fósiles del *homo sapiens* arcaico —el humano antes del humano, le explicó su papá— tienen una antigüedad de 600 mil años. En esta etapa se cree que apareció el lenguaje y se perfeccionaron las formas de comunicación, pero José se lamenta porque no dejaron ninguna carta, sino que sólo dejaron líneas y dibujos en las paredes, y nadie sabe si son

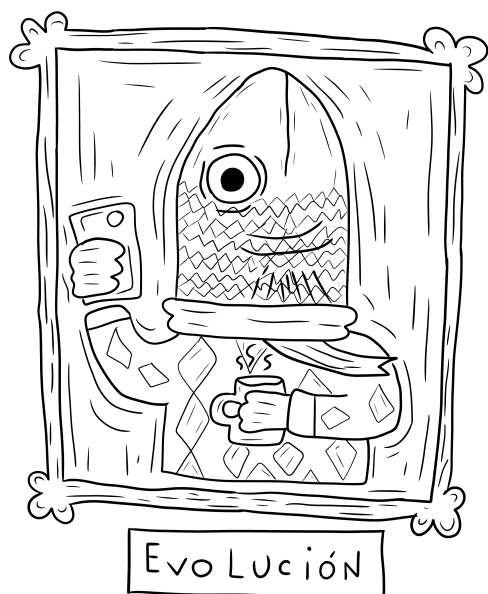
rituales, diarios o los primeros impulsos de un arte primitivo, de sus pinturas o sus poemas o sus canciones.

José vuelve a pensar en los dinosaurios. Sabe que se extinguieron de manera masiva al final de la era mesozoica, o algo así, pero recuerda que la palabra suena como «maíz» y «masa». Existen diversas teorías sobre su extinción y la más aceptada tiene que ver con un meteorito poniendo fin a sus vidas. Se trató de un impacto muy fuerte en la península de Yucatán, que originó una gran explosión, dando paso a una era glacial causada por la ausencia de sol: tras el golpe, el cielo se oscureció con toneladas de polvo. Al principio, se siente triste porque no se sabe mucho de los dinosaurios, y le gusta jugar con sus dinosaurios de plástico. Sólo sabe que a partir de la evidencia fósil se ha calculado la existencia de una variedad increíble. Por ejemplo, su papá le dijo que las aves evolucionaron de los dinosaurios; para ser más exactos, de los terópodos, que eran como las aves de los dinosaurios entre los dinosaurios. Por eso José llega a la conclusión de que los fósiles de huevos y la creencia por parte de los científicos de que los dinosaurios construían nidos, es algo que los acerca a las aves, porque se cree que algunos terópodos sobrevivieron y sus descendientes, las aves, continuaron con el legado milenario hasta la actualidad. Pese a que el origen etimológico de la palabra «dinosaurio» nos dice que son «lagartos terribles», los dinosaurios no son lagartos, sino que son más cercanos a las gallinas.

A José le encanta ir a un museo que está a una hora de su ciudad y tiene muchos fósiles de dinosaurios. Los descubrieron cuando construían aquel lugar, apenas medio siglo antes, cuando alguien se atrevió a fundar un poblado en medio del desierto. Los habitantes se autoproclaman, con cierto orgullo y soberbia, «los vencedores del desierto». Se detiene a pensar en cómo sería la vida durante la época de los dinosaurios y se pregunta en cómo esos seres habitaron

la tierra por tantos años. Después piensa en cómo será vivir en una ciudad que apenas nació. Le gusta imaginar el llano inmenso: de seguro por ese lugar, alguna vez hace muchísimos años, caminaron los dinosaurios. Fue en el siglo XIX cuando los primeros fósiles de dinosaurios fueron reconocidos y los esqueletos, enormes, se volvieron un motivo de reunión en los museos. José se vuelve a preguntar cómo eran los dinosaurios, porque esos seres parecían sacados de la imaginación, siendo el motivo por el cual los museos se volvieron populares, a todo el mundo le gustaba ir y contemplarlos para imaginar cómo eran. Algunos comenzaron a dibujar sus aproximaciones, desde las más simples hasta las más impresionantes e imposibles. Los encargados de darle forma a los dinosaurios, a partir de simples huesos, hicieron ejercicios de imaginación en cada uno de sus trazos. Por un momento fueron como Dios durante la creación.

Al final, José piensa en que gracias a una extinción masiva, la vida comenzó de nuevo y entonces el ser humano surgió de entre las cavernas. La existencia del ser humano es un accidente a raíz de la muerte de los dinosaurios. Se siente afortunado. Tiene la certeza de que en mil años su fósil será un tesoro. La única forma de llegar a vivir para siempre, piensa durante el trayecto a casa, es morir.



DARWIN

Mandó imprimir un engomado con la leyenda “Este hogar es librepensador, no aceptamos propaganda religiosa”. Estaba muy orgulloso de la idea, una parodia del “Este hogar es católico, no aceptamos propaganda protestante” que uno veía pegado en las ventanas de los vecinos.

DANIEL ESPARTACO

¿Quién podría llamar a la puerta un domingo por la mañana? Afuera, un hombre vestido con pantalón negro y camisa blanca, y una mujer enfundada en un vestido largo, esperan. El sol pega de lleno y a ellos no parece importarles. El

sudor les corre por el rostro. Hombre sostiene con la mano derecha una sombrilla y con la mano izquierda carga un montón de hojas con ilustraciones más o menos parecidas a las del libro vaquero.

— Buenos días — saludan apenas Juan abre la puerta.

Hombre coloca la sombrilla entre las piernas y se limpia el sudor de la frente. Mujer sonríe y parpadea.

— Venimos a compartirle la palabra del Señor.

Juan se pregunta a cuál señor se refieren. Está recargado contra el marco de la puerta, listo para recibir su boletín dominical, en donde va a leer detalladamente los motivos que lo llevarán a condenarse. Nunca estará a salvo de la tentación porque el diablo está en todos lados. Sobre todo, piensa, en el cuerpo de la vecina que siempre usa vestidos entalladísimos y en las cervezas que comparte con los pocos amigos que conserva.

Hombre y Mujer comienzan a lanzar preguntas que Juan ni siquiera se molesta en responder. Ellos mismos las responden.

— ¿Usted cree que Dios nos quiere? — preguntan.

Juan titubea un poco. Trata de decir algo, pero ni siquiera puede.

— Por supuesto que nos quiere — responden enseguida.

Juan escucha atento. Siempre le dicen que Dios es amor y que da todo por nosotros. A Juan le gustaría que le diera un millón de dólares, una hielera con cervezas infinitas o una noche con el demonio que vive en el cuerpo de la vecina. Algo dicen sobre el pecado, pero Juan no escucha. Igual no importa porque el próximo domingo se lo repetirán.

— Los pecadores hacen esto y esto otro — le dirán.

Juan intenta no reírse. Sus padres siempre le dijeron que tenía que ser educado. De no haber sido por eso, ya les hubiera azotado la puerta en la cara.

Hombre y Mujer no paran de hablar. Juan busca distraerse. Se rasca la cabeza. Escucha un mosquito zumbar y sigue su trayecto desde su brazo hasta la mano de Mujer. Ella manotea y el mosquito se aleja. Luego, vuelve. Zumba. Mujer mueve la mano una y otra vez mientras habla. Atrás, su automóvil, quieto como un monumento al ocio: como una escultura dedicada a su miedo a tomar el volante.

Juan ve cómo de entre las plastas de concreto de la banqueta se escapan algunas plantas. Piensa en que tarde o temprano la naturaleza reclama lo que es suyo. Por eso las personas siempre vuelven al polvo, a la ceniza y al olvido. Hombre y Mujer dicen que el fin del mundo está cerca y debemos arrepentirnos de nuestros pecados. Juan piensa en las plantas; las imagina doblegadas por el viento, pidiéndole perdón al mundo.

— Dios perdona a todo el que se acerca a él — dice Hombre.

Mujer abre la Biblia, como si la conociera a la perfección, en la página precisa. Incluso antes de encontrar el versículo, comienza a decirlo. No se equivoca. Extiende el índice y repasa la hoja hasta que se detiene.

— Juan tres dieciséis: «porque de tal manera amó Dios al mundo...».

Juan los interrumpe.

— «...que dio a su hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, sino que tenga vida eterna» — continúa, con una mezcla de orgullo y soberbia, porque conoce a la perfección el versículo.

Hombre y Mujer sonríen con timidez. Juan recuerda a su viejo maestro de preparatoria, que una tarde le enseñó a rezar el Padrenuestro en latín. También recuerda la insistencia de aquel hombre en explicar la Biblia.

— Cuando en la Biblia dice que Jesús pone la otra mejilla — solía decir —, no es porque quiera ser golpeado de nuevo, sino porque está exigiendo respeto. Cuando se golpeaba con

la parte externa de la mano, era un golpe de desprecio, que además mostraba superioridad. ¿Entienden? «Yo soy mejor que tú». Eso querían decir. Pero cuando se golpeaba con la parte interna era porque se trataba de un igual. Recuerden que Dios dice que todos somos iguales.

Juan quiere abofetear a Hombre, no porque lo respete, sino porque le irrita ver que finge ser feliz. Mantiene en el rostro una sonrisa que al final del día de seguro le causa dolores en las mejillas. Además, tiene una dentadura blanca, casi perfecta. De no predicar la palabra del Señor, bien podría dedicarse a ser modelo para comerciales de pasta dental, o dedicarse a posar para las fotografías de stock de las revistas de personas felices.

Juan también se pregunta qué harían Hombre y Mujer si en ese preciso momento comenzara a terminarse el mundo. Imagina que el cielo se abre y una lluvia de fuego cae sobre la tierra. De seguro, Hombre y Mujer correrían despavoridos por toda la calle mientras pequeños demonios salen de las entrañas de la tierra y persiguen a los pecadores picándolos con sus tridentes. Al fondo, dos humanos descarnados, cargan un borrego de oro brillante como el mismísimo sol. Juan, entonces, gritaría de emoción:

— Aleluya, el juicio final, por fin.

Pero el mundo no se está acabando. Juan vuelve los ojos a Hombre y Mujer, que se despiden con amabilidad. Le extienden la mano y le entregan un ejemplar de su revista religiosa.

— Dios lo bendiga — finalizan.

Emprenden la huida y Juan imagina que tras la próxima puerta a la que van a llamar, se esconde un hombre que reza todas las noches con la devoción de quien no quiere ser descubierto. Seguramente en su sótano guarda los cadáveres de dos o tres niños. En su pecho lleva tatuado «Dejad que los niños se acerquen a mí» con una perfecta caligrafía gótica.

Cierra la puerta. Dentro de la casa — en alguna pared —, un Cristo tiene el costado atravesado por una lanza. En la sala hay una pequeña pecera con cuatro peces color oro. Enseguida, un candelabro. Juan deja ahí el boletín y vuelve imaginar el fin del mundo. Justo un día antes, el atardecer le recordó a la crucifixión. El cielo rojo parecía ser la sangre del costado de Cristo. Luego, al anochecer, pudo ver el cielo estrellado. Imagina que desde detrás de las montañas surge un dragón y devora al niño que duerme bajo la luna. Trata de recordar con precisión las palabras bíblicas que anuncian el fin del mundo, pero no puede.

Juan piensa en la resurrección y el juicio final. Saca un cigarro de la cajetilla que guarda en un bolso del pantalón, el encendedor lo guarda en el otro bolso, y al prenderlo, imagina el fuego como las llamas del infierno. Da la primera calada. Fuma mientras camina rumbo al refrigerador en busca de un refresco. Hace calor. No entiende cómo Hombre y Mujer caminan con tanta alegría bajo el sol. Parecen hormigas. Aunque llega a la conclusión de que al final de cuentas todos somos hormigas. Sin embargo, se pregunta cómo es posible que Hombre y Mujer siempre sigan el mismo recorrido que parece trazado por la mano de Dios.

Regresa a la sala y se sienta en el sillón para darle la última calada al cigarro. Guarda el humo en los pulmones por un momento hasta que lo escupe en medio de un pequeño ataque de tos. Lo apaga en la suela del zapato. Hace muchísimo calor. Se rasca la cabeza y la ceniza mancha su frente. Ahora su mano está limpia. Luego se asoma por la ventana y ve a Hombre y Mujer limpiarse el sudor. Están lejos: sí, parecen hormigas.

Afuera, las otras hormigas, las verdaderas, dibujan en el piso un camino negro, como un hilo. A Juan se le antoja imaginarlo como un rastro de pólvora. Después bebe del refresco a medias que encontró en el refrigerador. Ya ni siquiera

tiene gas y sabe a azúcar, pero está helado y con eso basta. Mientras bebe, piensa en la posibilidad de ser una hormiga y explotar a la menor provocación del sol. Piensa, también, en los peces. El agua está helada y quiere sumergirse para refrescarse. Maldice la hora en que la evolución lo condenó al sol y a la infinita tristeza. En las costas, los peces se arrojan a la arena con la esperanza de evolucionar, esperan que las escamas se vuelvan plumas. Sería mejor ser un ángel. Al menos, Hombre y Mujer lo piensan. Lo cierto es que a Juan le gustaría ser un pez, pero no como los que guarda en la pecera frente a la cruz, sino estar en el mar para nadar en aguas heladas y esconderse en las profundidades del mar para escaparse de la mirada de Dios.

Juan ve la pecera y luego desvía la mirada a donde está el boletín que Hombre y Mujer le dieron. Su padre lleva muchos años muerto y cuando murió, Juan sintió que ese momento era el que precedía al fin del mundo. Se pregunta si estará en un lugar como el de los paisajes maravillosos de los folletos que Hombre y Mujer reparten. También se pregunta cuándo se va a acabar el mundo. Escucha dos disparos y se imagina el Big Bang, la explosión primigenia. Se asoma por la ventana y todo está en calma.



LA REPÚBLICA POPULAR DE LOS GATOS

*Me gusta que te detengas a escucharme,
quieto como un adorno.*

JUAN VILLORO

Esa mañana hizo frío. En la televisión pasaba el noticiero en donde un hombre comentaba la necesidad de hacer algo después del sismo que sacudió el centro del país semanas antes. Era octubre. Desde la cama repasaba una a una las palabras del comentarista.

Debemos hacer algo, decía, no podemos ir por ahí construyendo hogares que al primer temblor se vengán abajo.

Marina se levantó de la cama y se dirigió a la ventana. Temblaba. En los cristales se dibujaron pequeñas nubes de vaho. Una ligera llovizna caía en la calle. Afuera estaba vacío: sobre la avenida, sólo las casas; parecían un muro interminable. Vivíamos al sur de la ciudad, en una de las casas más decentes de un fraccionamiento de interés social a medio construir, pero que poco a poco cobraba mala fama por estar en la periferia.

Por eso, cuando Marina se asomó por la ventana, sólo pudo ver el auto del vecino, un Datsun tan viejo que me recordaba a los Dacia 1300; y a Marx, el pequeño perro que rondaba siempre por el vecindario y era alimentado por todos, agazapado debajo del auto. Lo demás estaba en calma. Todas las casas estaban grises, húmedas. Apenas tres días antes se pronosticaron altas temperaturas, pero aquella mañana el sol se escondió detrás de un montón de nubes.

Mientras yo temblaba enredado entre las cobijas, Marina daba pequeños saltos de felicidad. De pie, frente a la ventana, recordó los días infantiles. Decía que allá en su país —uno muy pequeño del cual casi nunca hablaba porque dejó de existir un par de años atrás— los días fríos eran los únicos en los que podía salir a la calle sin miedo. En ese entonces su país se encontraba bajo una dictadura militar y el General solía cancelar las actividades cuando bajaban las temperaturas: los soldados regresaban a los cuarteles y los policías hacían trabajo de oficina. El General amaba las playas y se vestía siempre de guayabera.

Marina comenzó a dibujar sobre la ventana un mapa de su extinto país. Tensó el índice y lo arrastró por el cristal.

—Esto —me dijo señalando un punto casi en la orilla del dibujo—, era la capital.

Luego continuó las indicaciones como si fuera una estrategia militar. En su voz sonaba algo similar a la nostalgia, una mezcla entre la tristeza, la añoranza y la emoción.

— Por este camino se llegaba a la sierra y ahí era en donde regularmente descansaban los golpistas. Todo el mundo lo sabía. Por eso los detuvieron y los fusilaron.

A Marina le gustaba ese extraño juego: imaginar la casa como un cuartel secreto de alguna guerrilla desde el cual planeábamos un ataque para derrocar al gobierno en turno. Luchábamos contra la tiranía. Afuera llovía y adentro Marina pensaba en las tácticas perfectas para no ser descubierta. Sin duda, había que aprovechar los días de lluvia y atacar, así como lo hicieron cuando lograron el golpe de Estado contra el General.

Desde un principio acordamos de manera implícita los términos del juego. Ella se encargaba de la planificación y yo de la seguridad. Por eso, cuando se metía a bañar, me dejaba cuidando la puerta para prevenir el posible ataque de un grupo paramilitar. No quería morir fusilada. Pero el único ataque que sufríamos era el de Camilo, el gato, llamado así por su padre, uno de los tantos golpistas muertos.

Esa mañana Marina se metió a bañar dejándome al pendiente de la seguridad. Sin embargo, el ataque no llegó. Cuando salió de bañarse, lo primero que dijo fue que desde el día anterior no había visto al gato. Yo me encogí de hombros.

— Es un gato — dije —, de seguro volverá pronto.

Pero Marina se impacientó. Mientras yo mantenía la mirada fija en la puerta, ella paseaba los ojos por toda la habitación: se tropezó, primero, con los calcetines usados que arrojé junto al buró la noche anterior; después, con el espejo sucio. No volvió a decir más. Arrojó la toalla sobre la cama y comenzó a vestirse.

Esa tarde el gato no apareció. Encontramos el plato de comida intacto. Ni siquiera los intrusos se atrevieron a comer: ni los perros que paseaban por la calle, ni los gatos que a veces llegaban por un par de días y luego se marchaban. Marina comenzó a pensar que quizá Camilo se fue con la

misma facilidad con la que lo encontramos. Llegó una tarde de sol y se echó sobre el tapete de bienvenida que compré en un remate de la tienda departamental en donde trabajaba, y ya no se fue, entonces decidimos adoptarlo.

A Marina le gustaban los gatos desde que era niña. A mí comenzaron a gustarme desde que me acostumbré a ella y a su colección de gatos de porcelana que reposaba sobre el peinador. De todos ellos, su favorito era el segundo: uno negro que le regaló su madre el día en que asesinaron a su papá. Ese gato era el más feliz de todos. Entre sus garras sostenía una bola de estambre como si estuviera deteniendo al mundo.

Ya para la noche, la preocupación fue mayor. Marina se sentó cerca del peinador y comenzó a limpiar los gatos de porcelana. Después de un largo silencio, habló. Me contó la historia de cómo se fue haciendo de cada uno de ellos. Paseaba la mirada por el suelo, la regresaba a las figuras de porcelana y pasaba el pedazo de tela sobre el cuerpo de los animales para lustrarlos.

El primero, me dijo, se lo regaló su padre cuando tenía seis años. En ese entonces el gobierno no permitía mascotas y ella encontró el consuelo de la compañía en aquella figura.

El décimo se lo regaló un exnovio, el primero que le habló de matrimonio.

El séptimo lo compró en un viaje a Europa, el único que hizo al extranjero.

El vigésimo lo compró en la subasta de las pertenencias del General una vez que cayó la dictadura, ese le parecía una reliquia. ¿Quién se iba a imaginar que al General le gustaran los gatos cuando él mismo prohibió las mascotas?

Al día siguiente, Marina despertó antes del amanecer. Esa mañana no se metió a bañar. Se limitó a cambiarse de ropa. Yo hice lo mismo. Mientras me mantenía sentado a la orilla de la cama, ella salió a dar un vistazo sobre la calle. El sol

salió sólo para ocultarse detrás de las nubes. Ese día no vio el viejo auto ni al perro vagabundo. Camilo no estaba. Marina entró a la casa y se arrojó sobre la cama. Ni siquiera volteó a verme. Apretó los puños y comenzó a golpear el colchón. Guardé silencio hasta que ella se atrevió a decir algo.

—No debiste dejar la puerta abierta — me reclamó.

No respondí. Fijé la mirada en la puerta y luego en el espejo, que seguía sucio. Me levanté de la cama y me dirigí a la colección de gatos de porcelana.

—Si tan sólo hubieras tenido cuidado — reiteró.

Olvidamos todo. Lo más importante en ese momento fue culparnos por el incidente. Ella hacía una rabieta sacudiendo sus brazos con fuerza y gritando la mayor cantidad de insultos posibles. Yo sólo la miraba, con los ojos grandes y la boca apretada, mientras pensaba en Camilo, un gato torpe, al que con frecuencia teníamos que ayudar a bajar del techo y de las cortinas, que trepaba de manera inútil.

—Si tan sólo hubieras tenido cuidado — repitió.

Decía cada palabra lentamente, repasándola, paseando la lengua entre los labios y los dientes, como si en realidad quisiera decir otras palabras, unas que no se atrevía a pronunciar por amor, odio o pudor, o tal vez por una mezcla de todas las sensaciones.

Conforme comenzamos a culparnos, los reclamos pasaron de la mascota a nuestra relación. Después de recordar dos o tres incidentes con el gato, mencionó la última discusión. Se quedó callada, encogió la nariz y apretó los ojos.

Recordé aquella tarde en la que discutimos por primera vez. Hacía sol. Era septiembre. Las ventanas estaban abiertas y la luz llenaba cada rincón. Sobre el peinador, los gatos. Marina estaba recostada en la cama. Esa tarde compró un nuevo gato de porcelana pese a que ya no había espacio en el peinador. Molesto, le reclamé que agregara un nuevo integrante a la colección.

No me importa lo que pienses, respondió.

Dejó el gato de porcelana sobre el buró. Desbordado por el enojo, lo tomé para arrojarlo al piso, rompiéndolo. Ella lloró. Se cubrió el rostro con las manos y se revolvió en la cama.

— ¿Al menos me estás escuchando? — preguntó.

Esa misma tarde me dijo que se sentía rota.

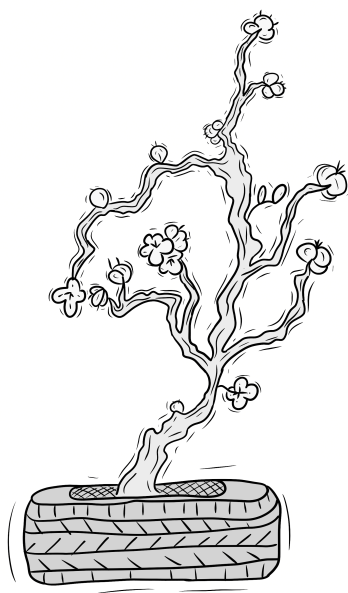
Cuando rompes algo y luego lo reparas, ya no queda igual, sentenció.

Lo comprobé a la mañana siguiente, cuando pegué al gato pieza por pieza, hasta dejarlo completo. Tenía razón. Pese a eso, seguía formando parte de la colección. No lo tiró porque dijo que ese gato le recordaba cada una de sus heridas.

— Escúchame, puta madre... bueno, contigo no se puede hablar — dijo, y se fue.

Al caer la noche, volvimos a discutir. Al terminar el reclamo, se abalanzó sobre mí con toda la furia contenida, producto de las pequeñas peleas cotidianas, con los ojos desbordados en llanto. Pero en su carrera, tropezó y cayó al suelo, quebrándose en un montón de pedazos.

Esa noche ya no llovía, pero las casas continuaban húmedas; vi el espejo sucio y me acerqué a limpiarlo con la manga del suéter, y cuando estuvo limpio pude ver el reflejo de las manchas de la pared, pequeñas gotas de pintura que salpicaron cuando pinté el techo. Me asomé por la ventana, como ella el día anterior, y no vi el carro ni al perro. La calle estaba sola. Únicamente esperaba que Camilo no hubiera corrido con el mismo destino que los golpistas. Regresé a la cama para acostarme y escuché el ruido del motor del carro del vecino y los ladridos de Marx. Recordé el día en que Marina comenzó a bautizar a los gatos. Ahora no me quedaba sino detenerme a pensar en el nombre para el nuevo maniquí de mi colección que la supliría.



EN EL ASFALTO NO FLORECEN LOS CEREZOS

El automóvil aceleró para rebasar al autobús de una empresa maquiladora. Bajé el vidrio de la ventana y sentí el frío colarse. Se me erizó la piel. Por la vialidad CH-P vi a algunos obreros que cargaban a la espalda mochilas con estampados de caricaturas que sus hijos abandonaron por la nueva mochila de llantitas. Los perros, acostados debajo de los automóviles, se refugiaban del frío. Poco a poco dejamos de verlos. Tomamos la vialidad Juan Pablo II con dirección al sur. Por esas calles, hace más de tres décadas, se paseó el Papa, y ahora parecía una tierra olvidada por Dios.

Pronto el paisaje se volvió un conjunto de bodegas y fábricas. Más allá, detrás de las cajas de concreto, un llano con

apenas un par de árboles y de casas lejanas, separadas entre ellas por inmensos lotes baldíos. Salimos de la ciudad y nos acercábamos al aeropuerto. No íbamos a volar, sino que nos dirigíamos al panteón, en donde descansaban mis abuelos. Tras un par de kilómetros, tomamos una desviación para llegar a una de las colonias de la periferia. A la entrada estaba un letrero que anunciaba el nombre del fraccionamiento: «Camino Real»; y luego sentenciaba «El camino a tu casa», pero nosotros íbamos al cementerio.

En el cielo, pocas nubes. En el horizonte había una fila de cerros que anunciaba el fin de la ciudad.

—Sube la ventana —dijo mi hermano.

El sol estaba alto, pero no calentaba. Mientras subía la ventana vi cómo un avión estaba despegando. Recordé la primera vez que viajé a la capital del país. Ese día me sentía nervioso. Se trataba de mi primer viaje en avión. Tomar un vuelo a la capital era el primer sueño provinciano. Significaba que me abría paso al mundo. En mi cabeza repasaba cada una de las posibilidades de lo que el futuro me deparaba.

La capital, escuché decir en una película, *es un monstruo, pero un monstruo hermoso*. Lo aterrador también tiene su encanto.

El aeropuerto de la ciudad era pequeño. Sólo contaba con seis puertas para abordar y a mí me tocaba en la primera. En cambio, el aeropuerto de la capital era enorme, como la ciudad: mientras el avión aterrizaba, la vi y me la imaginé como un mar inmenso. Cuando descendí del avión y me aventuré en las salas de espera, me sentí como un naufrago. Aferrarme a mi maleta fue como encontrar una isla; y desde esa isla, contemplé lo inmenso que era el mar, que parecía abarcar todo el mundo.

Salí del aeropuerto y la ciudad me recibió con un aire pesado, contaminado y lleno de sangre, de una historia de matanzas y revueltas. ¿Cuántos muertos había en la historia

de México? Las guerras parecían no tener fin. Sin embargo, me quedé asombrado ante lo diferente que era todo: las filas interminables de autos, el sonido de los cláxones —un ruido que en el norte desapareció a causa de la violencia—, las olas de gente que me hacían pensar en las manadas de bisontes salvajes.

Mamá, un par de días antes de mi viaje, me advirtió lo peligrosa que era la Ciudad de México. Le daba miedo. Ella ignoraba que apenas dos días antes de mi viaje encontraron una cabeza dentro de una hielera abajo del puente de la avenida Fuentes Mares, justo a un par de cuadras de nuestra casa. En la Ciudad de México me encontré con un hombre en una esquina que vendía tacos de cabeza en una hielera cubierta por un plástico azul.

Llegamos al panteón. Nos estacionamos y, al bajar del automóvil, sólo vimos el llano inmenso. El cementerio estaba en medio de la nada. A lo lejos, las casas; lo demás era llano; y más allá, al fondo, las montañas.

Cuando entramos a la oficina, nos recibió una señora regordeta que se acomodaba en el asiento.

—¿Vienen a dar un abono? —preguntó.

—Sí —respondió mi hermano.

Tras la muerte de mis abuelos, mamá decidió que era mejor asegurar nuestro futuro y contratar un paquete funerario, porque morirse sale caro.

—Perfecto —asintió la señora.

Paseé la mirada por la oficina para encontrarme con un anuncio: «Misas dominicales los domingos a las ocho»; me reí por lo bajo. La señora ni siquiera lo notó. Aunque de seguro también se reía, pero no podía cambiarlo, porque una placa de plástico sale cara y es mejor soportar la risa que volver a pagar. Tal vez ese letrero anunciaba algo que yo ignoraba y escondía en la terminología religiosa un concepto difícil de comprender. De fondo, el ruido de la televisión. Pasaban

un documental sobre Dios narrado por Morgan Freeman. Era divertido ver a Dios —al menos en una película, pero tan memorable como para quedar en la imaginación pública con ese gran nombre en su espalda— hablar de Dios: contaba cómo eran las creencias a lo largo y ancho del mundo; desde las ceremonias para la adoración, los rituales ante la muerte, hasta los milagros y lo que nos espera al otro lado de la vida.

Casi no acostumbraba ver televisión, pero a veces me sentaba a ver el noticiero. Después dejé de verlo porque todas las noticias eran malas. Desde que Lolita Ayala dejó de conducir el programa informativo de mediodía, se acabaron las rosas y las buenas noticias, sólo nos dejó un chiste cada vez que a alguien se le escapaba un gallo al hablar. Recordé que de niño me desvelaba para poder ver la barra nocturna de Nickelodeon con *Nick-at-Nite* o ver *Insomnia* en televisión abierta, y despertaba temprano para poder ver *Kablam!* En mi televisión podía ver algunos canales en inglés, por la cercanía con Estados Unidos, así que me pregunté cómo era la televisión del centro del país. Si ellos no podían tener canales de televisión gringa en tele abierta, ¿qué otras opciones tenían? Ahora la televisión estaba a punto de desaparecer y todo se reducía a los servicios de streaming.

La primera vez que volé a la Ciudad de México, la emoción me desbordó. En cuanto llegué a instalarme en el hotel, me comuniqué con mi familia y les dije lo diferente que era todo. Ellos se rieron. Cuando era niño, mi madre me contaba las aventuras que papá y ella sortearon en el viejo Distrito Federal. Una de mis historias favoritas era cuando fueron a Tepito, uno de los barrios más populares de la ciudad, a visitar a una tía de mi padre. Me dijo que en cuanto llegaron, Lázara —la tía de mi papá—, salió corriendo a la calle y habló con los cholos de la cuadra para que nadie tocara el automóvil en el que llegaron. «Si algo le pasa al carro,

cabrones, sobre ustedes voy a ir. Así que ya saben, quedan advertidos».

También me encantaba una frase que mi madre atesoró como un consejo de supervivencia. La primera vez que se subió al metro, un primo de mi papá le dijo que tuviera cuidado con su bolsa y con cualquier cosa de valor, luego le sentenció con una voz que iba de la risa a la tristeza: «Aquí te roban los calcetines sin quitarte los zapatos».

La tarde en que llegué a la capital, una manifestación inundaba las calles. La vi desde la ventana del hotel. De camino al centro, vi un bar que me llamó la atención; se llamaba «La Manifestación», y en el anuncio un grupo de personas con pancartas mostraban las promociones del lugar. Me descalcé, recordando lo que decía mi madre, y me eché sobre la cama mientras afuera la manifestación gritaba consignas que no logré descifrar. Encendí la televisión y vi en el noticiero que se trataba de un grupo de estudiantes que exigían la renuncia del director de su facultad. No le presté mucha atención a las siguientes noticias y comencé a planear mi estadía en la capital del país mientras en la televisión hablaban sobre el clima.

Aburrido por la voz del presentador, comencé a explorar los canales televisivos. En el primer canal pasaban una película de acción protagonizada por un exconvicto capaz de luchar contra todos y que en otra cinta sobre pandillas interpretaba a un miembro de la mafia mexicana. Luego, en un canal musical, sonaba una canción nortea, y la dejé por unos minutos como una forma absurda de reafirmar mi identidad. Después, en el siguiente canal, vi un documental sobre los abusos policiales en las comunidades marginales de los Estados Unidos. Recordé que en los canales en inglés que veía durante mi infancia, nunca vi manifestaciones, películas de pandilleros, ni nada que indicara que el gobierno

iba mal, sólo veía noticias de asaltos cometidos, casi siempre, por latinos o afroamericanos.

— Listo, ya está — dijo la señora del panteón.

Mi hermano se encargó de pagar y firmar los papeles. En la televisión, Morgan Freeman narraba los ritos funerarios de las diferentes religiones: poner una moneda bajo la lengua para pagar la entrada al cielo; poner dos monedas sobre los ojos; incinerar los cuerpos y arrojarlos al mar en una balsa; darles cristiana sepultura; volver al fuego, al agua, a la tierra y al viento.

Salimos de la oficina y aprovechamos para caminar entre las lápidas y llegar al jardín en el que descansaban mis abuelos. Frente a su tumba pensé en la promesa de enterrar los cuerpos con la esperanza de volverlos a ver. Enterrarlos era como sembrarlos para luego ver un árbol crecer sobre sus tumbas y poder subir al cielo, como en el cuento de los chícharos mágicos. Sin duda, un árbol era un signo de esperanza. Quizá por eso el panteón estaba tan alejado de la ciudad. Todo paraíso está lejos de la civilización. Ya lo había cantado José Alfredo Jiménez: «Las distancias apartan las ciudades, las ciudades destruyen las costumbres». Pero también el desierto es un infierno.

De regreso a casa nos encontramos con un convoy policial rodeando una hielera que se encontraba en una esquina afuera de un Oxxo. Apenas estábamos entrando a la ciudad. Se trataba de otra cabeza. Una narcomanta estaba enseguida. De seguro acusaban al muerto de un sinfín de cosas. Es fácil lavarse las manos, no de la sangre, sino de la culpa. La narcomanta era la bienvenida a la ciudad.

— ¿Ya viste? — preguntó mi hermano.

No respondí. Me quedé viendo la hielera.

Sentí que uno de los policías me observaba y desvié la mirada. En sus ojos parecía ver los ojos de la mismísima

muerte. Tenía una mirada tan vacía que en él no podría habitar otra cosa.

En la lucha de independencia, como forma de escarmiento y amenaza, los soldados del régimen colocaron las cabezas de los independentistas en la Alhóndiga de Granaditas. Aquí el crimen organizado hacía lo mismo para sembrar el miedo. Por eso era común encontrar cuerpos colgados de árboles y puentes o cuerpos regados en plazas públicas y parques. A veces los cuerpos ni siquiera aparecían.

Regresé la mirada al frente. Detrás de nosotros se quedó el convoy. En el cielo, un avión. ¿Sus pasajeros volverían a la ciudad o estaban huyendo?

—Prende el aire, ya me dio calor — alcancé a decir.

Dicen que cuando alguien muere decapitado, su cabeza puede alcanzar a ver su cuerpo. Son apenas un par de segundos, pero sin duda alguna la imagen debe ser impactante. Pensé en los minutos que preceden a la muerte y en los segundos en los que se tiene la certeza de que se va a morir.

La primera vez que vi una cabeza fue en la esquina de la secundaria, frente a un restaurante de pollos, cuando salí de clases; dos días después comimos ahí durante una reunión escolar antes de nuestra graduación. Pensé en las posibilidades de aquellos pocos segundos en que una cabeza puede ver el cuerpo al que perteneció. Tal vez algún día las cabezas se iban a revelar y regresarían de la muerte esos segundos tan sólo para abrir la boca y contar todos los secretos que no se querían llevar a la tumba.



LA CASA DESAPARECIDA

Hoy la casa de mi infancia ya no existe ni hace falta.

FITO PÁEZ

El día en que enterramos a papá fue el mismo en que un grupo de estudiantes universitarios fue desaparecido por el ejército. Mi hermano y yo no entendíamos qué sucedía. Llorábamos frente a un ataúd, mientras allá, muy lejos de esta ciudad, un grupo de personas se preguntaban por sus familiares sin que nadie les diera respuesta. Para nosotros la respuesta fue tajante. Le preguntamos al doctor qué había sucedido y él sólo se encogió de hombros y nos dijo que lo sentía, que hizo todo lo que estaba en sus manos.

—¿Qué sucedió? —le pregunté a mi hermano, desesperado, llorando, porque no alcanzaba a entender las palabras

del médico, porque frente al ataúd sus palabras seguían haciendo eco.

Él también se encogió de hombros.

Mi padre estaba muerto, pero al menos lo estábamos depositando en una tumba, ¿qué pasa cuando uno pierde a un ser querido y no tiene un cuerpo que sepultar? Recordé todas las veces que papá me llevaba a mi cuarto, para recostarme en la cama, cada que me dormía en la sala. También recordé la primera vez que vi a mi padre tirar a la basura una trampa para ratones con el cadáver de un roedor.

—¿Qué sucedió? —insistí, a punto de derrumbarme, abrazado al féretro.

Papá tampoco respondió.

La noticia de los desaparecidos salió en todos los medios de comunicación. Me alegré de que papá no presenciara esto porque enseguida me hubiera preguntado qué pasó. Yo no tendría las palabras para responderle. Le hubiera dicho que el mundo es un lugar hostil y que yo también quería morir-me. Mamá, pensé, seguro tendrá la respuesta. Lo cierto es que mi madre tampoco sabía qué estaba pasando. De pie, frente al ataúd, con la mirada perdida, recordaba el día en que conoció a mi padre; la boda; el nacimiento de su primer hijo, que nació enfermo del corazón, y su abrupta muerte con tan sólo nueve años.

—¿Qué pasó? —Mamá le preguntaba a papá, con una voz profundamente amorosa, que amenazaba con romperse en cualquier momento.

Esa tarde, mientras nos dirigíamos a casa, recorrimos las calles de una ciudad desconocida. Esos lugares, días atrás, tenían un nombre, pero ahora sólo eran sitios por los que antes deambuló papá y que ahora eran habitados por recuerdos dolorosos. Todo era ajeno, diferente. Mamá lloraba. El automóvil parecía estar vacío. Nadie iba sentado en el lugar del copiloto. Mi hermano encendió la radio.

Él conducía; mamá y yo estábamos sentados en la parte trasera. La estática nos distrajo por un momento. Papá ya no podría hablarnos ni tararear las canciones que sonaban en la radio.

Cuando cruzamos la puerta de nuestro hogar nos encontramos con todo tal como lo dejamos. Las cosas ocupaban un lugar perfectamente determinado dentro del orden de la casa. La única diferencia es que ahora el polvo cubría los muebles por la ausencia durante los largos días del hospital. En la sala estaba una caja de zapatos abierta, vacía, porque papá acababa de estrenar zapatos días antes. Lo sepultamos con el calzado reluciente, como a él le gustaba, con la profunda dedicación de cuidar todos los detalles. Sobre la mesa del comedor se encontraba una pila de platos sucios y recordé cuando uno de mis mejores amigos me preguntó si había lavado trastes después de un funeral. En ese tiempo la pregunta me pareció absurda. Le respondí que no. Pero esa tarde, mientras los lavaba, pensaba en sumergirme en el agua hasta ahogarme.

Ahora los recuerdos son borrosos, desdibujados por el dolor, recreados desde una ilusión inocente. Sin embargo, recuerdo con certeza que nuestra primera misión fue explorar la habitación de papá: entramos al cuarto con la esperanza de encontrarlo acostado, pero nos recibió la cama vacía. Mamá no dejaba de preguntar qué estaba ocurriendo mientras lloraba. Nosotros paseábamos la mirada por toda la habitación como si lo fuéramos a encontrar en los rincones, agazapado, como un niño indefenso.

Los primeros días fueron difíciles. Nadie cocinaba y nos limitamos a recibir una olla con comida que preparaba una vecina. Mi padre nos dejó una pequeña herencia y mi madre insistía en pagarle por los alimentos, pero ella se negaba alegando que lo hacía por el cariño que nos tenía. Así, nos fuimos turnando para recibirla y servir la comida, pero los

tres cometíamos el mismo error: colocábamos cuatro platos sobre la mesa, hasta que alguno rompía en llanto. Tras la comida, la vecina se sentaba detrás del portón, esperando la olla de regreso, y trataba de platicar con mi madre, que se limitaba a responder con monosílabos. Después la vecina aceptó el dinero, se cansó de insistir y comenzó a dejar la comida frente a la puerta; tocaba un par de veces y escuchábamos los pasos al alejarse.

Las noticias informaban que nada nuevo había ocurrido con el caso de los estudiantes. Por alguna extraña razón, seguía la noticia como si yo fuera una de las víctimas. Un hueco en el pecho anunciaba mi ausencia. Me sentía desaparecido y quería saber qué estaba pasando con mi espíritu. Me empeñaba en buscar en cada rincón de mi cuerpo un poco de esperanza. Recreaba el sepulcro y me imaginaba escarbando dentro de mí hasta encontrarme. Años atrás escuché sobre un ritual practicado por las madres de los desaparecidos, de una zona en la región de la costa sur del país, que esperaban en la playa a los cadáveres de náufragos que el mar les arrojaba. En el rostro les pegaban una fotografía de sus hijos y los enterraban. Así sentían que estaban enterrando a sus muertos. Era una forma de saldar la deuda y permitir el descanso eterno a los desaparecidos. Repetían el ritual las veces necesarias, es decir, con cada uno de los cuerpos que el mar les regalaba. Ellas, a diferencia de mí, estaban condenadas a repetir el funeral. Por fortuna, yo sólo enterré a mi padre una vez. Fue entonces que comprendí el motivo de las tumbas, de sembrar el cuerpo con la ilusión de verlo crecer, de saber que los frutos serán dulces. Mientras tanto, el mundo se volvió otro: más oscuro, más pequeño, más vacío.

Un día el comentarista del noticiero anunció los pocos avances del caso de los estudiantes desaparecidos. El Secretario de Gobierno declaró estar cansado. El Presidente de la nación parecía no querer pronunciarse. El presentador de

noticias comentó que de acuerdo con ciertos reportes por parte de periodistas cercanos a las familias, se hablaba de que cosas extrañas estaban sucediendo en la universidad de la cual formaban parte. Tanto los familiares como los compañeros decían que las bancas se movían, les borraban lo que apuntaban en los pizarrones y se escuchaban ruidos en diferentes aulas: desde risas y llantos, hasta pasos y gritos.

Yo estaba sentado en la sala, viendo las noticias, cuando escuché ruidos en las habitaciones del segundo piso de la casa. No le di importancia y pensé que era el viento. El comentarista hablaba de lo que los familiares de los estudiantes opinaban. Los ruidos regresaron. Parecían pasos. Corrí, asustado, pensando en que alguien había entrado a robar. Cuando llegué, me di cuenta de que no había nadie. Las ventanas estaban cerradas y todo se encontraba en su lugar. El miedo desapareció y una calma comenzó a instalarse. Regresé a la sala y traté de distraerme. El noticiero ya había acabado. Ahora pasaban una película sobre un hombre que murió de forma abrupta durante un asalto y una médium tiene contacto con él para alertar a su prometida del riesgo que está corriendo, para al final darse cuenta de que su prometido fue asesinado por su mejor amigo en un intento de robarle el acceso a una cuenta multimillonaria.

Esa tarde hablé con mi madre acerca de lo ocurrido. Ella me dijo que no pasaba nada, que tal vez eran mis nervios. Asentí para darle la razón. Últimamente los ataques de ansiedad iban en aumento y mi estado de alerta me hacía pensar en cosas que no sucedían. Sin embargo, los eventos continuaron: un ruido en la azotea; un plato que se cae; el ruido del lavamanos; la puerta abriéndose, chillando; ruidos lejanos, de fondo, perdidos entre las actividades cotidianas. Días antes de la muerte de mi padre, mientras cenábamos, escuchamos pasos que recorrían la casa. Fue la primera vez que sucedió. Mi abuela decía que cuando uno se muere, tiene que recoger

los pasos que dejó por el mundo, y papá comenzó con su tarea durante esos días. Lo supimos tiempo después, al recordar su mirada, que nos repasaba detenidamente, con cariño, como si supiera que nos vería por última vez.

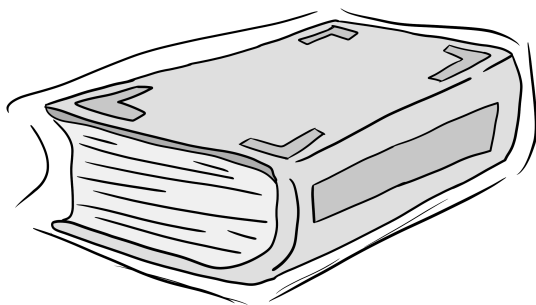
Los ruidos seguían. Apenas habían pasado un par de meses desde la muerte de mi padre y nosotros perdimos la cuenta del tiempo: adentro de la casa, parecía estar suspendido; afuera, corría como si nada hubiera ocurrido. Hasta que un día por fin presenciamos uno de los eventos. Para ese entonces ya nos habíamos acostumbrado a una casa totalmente diferente. Las cajas estaban por todos lados, como si se tratara de una mudanza, porque nos empeñábamos en acomodar la casa de distintas formas sin que alguna nos convenciera, entonces reacomodábamos buscando que las cosas ocuparan un lugar dentro del orden caótico de la casa. Aunque la habitación de mis padres estaba impecable porque mamá se encargaba de mantenerla igual a como quedó desde que papá murió.

Ese día, mientras todos estábamos a la mesa, escuchamos un ruido en la habitación de papá. Corrimos deprisa al cuarto, pero no encontramos nada. Pensamos, con una torpe ilusión, que lo veríamos. Lo sorprendente fue que nos recibió la cama que estaba descubierta, como si alguien se hubiera levantado recientemente; luego se escuchó un ruido en el baño, tiraron de la cadena y abrieron la llave del lavamanos. Cuando llegamos al baño, estaba vacío y la llave continuaba abierta. Después una puerta rechinó. No nos asustamos. Fuimos y lo vimos. Tras la cortina de la habitación de papá, estaba su silueta, pero pronto desapareció.

Con el tiempo nos acostumbramos a los ruidos, que se hicieron parte de la rutina de la casa. Nos dedicábamos a vagar por los pasillos y las habitaciones. A veces nos reuníamos en la sala para ver las noticias o alguna película. Luego la televisión se descompuso y nos limitamos a ver a los otros

cumplir sus rutinas: mamá tejía y destejía hasta el cansancio; mi hermano dibujaba tratando de atrapar la luz que se reflejaba sobre los objetos; y yo escribía un diario que quemaba al finalizar el día, arrojando las hojas en un pequeño calentón de leña, encontrando en el fuego una distracción de los pensamientos más aterradores. Hasta que una tarde alguien llamó a la puerta. El ruido de los golpes nos pareció extraño, ajeno, nos recordaron a las paletadas de tierra que caían sobre el ataúd de mi padre, a las noches sin dormir porque la cabeza retumbaba. Abrí la puerta para encontrarme con un hombre vestido de traje. Le pregunté qué necesitaba y él me respondió que sólo quería entregarme un folleto. Me preguntó por Dios y no supe qué responder. Sólo asentí con la cabeza y me pregunté por qué Dios nos había abandonado. Recibí el folleto y el hombre se retiró.

Entré a la casa pensando en qué hicieron los discípulos de Jesús la tarde en que crucificaron al Mesías. Arrugué el folleto y lo arrojé en una caja. Pensé en lo que los padres de los estudiantes hicieron al recibir la noticia de la desaparición. Nunca se supo qué fue de ellos ni qué pasó con las cosas extrañas que sucedían en la universidad. Los compañeros de generación que sobrevivieron al ataque en el que desaparecieron ya estaban graduados. De seguro ahora se hablaría de eso como una leyenda y poco a poco se irían olvidando de todos. Supe que a los militares nunca los detuvieron, aunque un grupo de peritaje extranjero desmintió la versión oficial que se dictó desde el gobierno, y apuntaba a nexos entre el crimen organizado y los dirigentes del poder. Después no volví a saber nada. Algo así pasaba con nosotros. Tenía la certeza de que también nos olvidarían. Decidimos que nunca más volveríamos a salir. Para estar adentro de la casa nos bastaba perseguir la silueta de papá, que aparecía siempre en lugares diferentes.



ESPÍAS

Cuando era niño encontraba fascinante la biblioteca de papá, un maestro jubilado que se limitaba a renegar del mundo mientras tomaba café y leía el periódico durante el desayuno. Daba un sorbo, arrugaba la frente y levantaba las cejas, luego decía cosas que yo no podía entender: la economía, la política, la sociedad... todo estaba mal. Se llevaba las manos al poco cabello que tenía, blanco y enjuto, para suspirar y después daba otro bocado. Verlo me hacía pensar en que escondía un secreto y seguramente lo que ocultaba estaba resguardado entre sus libros.

Esa biblioteca, según me contaba mi madre, era uno de sus bienes más preciados y comenzó a construirla durante la universidad. En ese entonces, cuando se conocieron, papá compraba libros de segunda mano en las tres librerías

icónicas de la ciudad. Luego, con su sueldo de maestro universitario, comenzó a adquirir libros nuevos de editoriales económicas y algunas un poco más caras, pequeños lujos que justificaba bajo el pretexto de leer los estudios introductorios y porque la calidad de los materiales era mejor. Pronto llegaron las ediciones especiales, libros rarísimos o antiguos, primeras ediciones o libros autografiados, algunos tan caros que mamá renegaba cada vez que se enteraba de una nueva compra. Él alegaba, para aminorar la culpa, que se trataba de una inversión, porque algún día esos libros valdrían una fortuna más grande que la que pagó.

Desde los diez años mantuve la afición de husmear en cada librero durante las noches buscando los secretos del mundo. La biblioteca se me presentaba como algo inmenso, como un tesoro valiosísimo. Con mi pijama sentía que estaba disfrazado de espía internacional — como esos a los que papá culpaba de todas las desgracias — y me dedicaba a robar libros. Luego, en silencio, los llevaba hasta mi cuarto y los repasaba con cuidado. Pensaba que eran los secretos de Estado más importantes de cada país. Por eso temía que me descubrieran, que algún día mi padre entrara a la biblioteca y me encontrara con un libro en las manos. Entonces yo lo tiraría al piso para negar mi participación en las conspiraciones que mantenían al país hundido en la miseria. Mi padre solía atribuirles todos los males a los norteamericanos y yo diría eso.

Papá, yo no hice nada, fueron los gringos, me defendería.

Pero nunca sucedió.

Me limité a aventurarme de vez en cuando en la biblioteca y buscar en los libreros. Papá nunca supo de aquello. En mis manos llegué a tener el botón rojo que podría detonar el mundo: romper el hielo y comenzar la tercera guerra mundial.

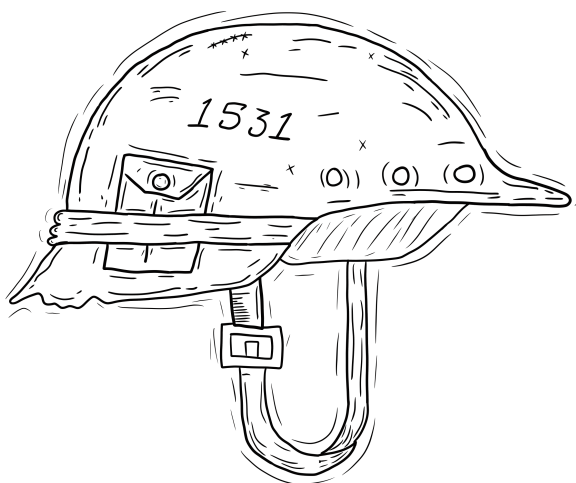
A veces, mientras leía, me preguntaba qué sucedería si cada país cambiara su ejército por un equipo de fútbol y las guerras se disputaran en torneos internacionales. Abría un libro y en mi mente se daba el silbatazo que comenzaba el partido. Los rusos corrían con la pelota y los gringos preparaban la defensa. Papá siempre decía que los brasileños y los argentinos dominaban la pelota, pero no el mundo; al mundo lo dominaban los rusos y los gringos; los chinos, últimamente; y de vez en cuando algún país de Europa, pero nunca los alemanes. Yo imaginaba la tensión del árbitro a dos minutos de pitar el silbatazo final y ver el marcador cero a cero. ¡Qué terrible mandar a tiempo extra! Antes de los penaltis, me gustaba pensar en los goles que no fueron: imaginar todas las posibilidades y pensar lo que hubiera ocurrido si el balón desviado, apenas acariciado por el viento, en lugar de golpear el travesaño, hubiera golpeado el fondo de la red.

Mientras corría el primer tiempo, me gustaba abrir un libro de cuentistas rusos o una antología de poemas orientales. Pensaba en cómo caía la nieve, la imaginaba como un montón de plumas o pedacitos de nube llenando de cielo la tierra. Recordé que la única vez que vi nevar me lancé al suelo para dibujar la silueta de los ángeles y estar cerca de ellos. Sin embargo, en uno de los libros leí que a veces del cielo caía fuego y ceniza. Por eso recordé la tristeza de Nagasaki tras la caída de una bomba que derrumbó el cielo y cimbró la tierra. En el segundo tiempo, abría un libro que hablaba sobre la maravilla de la vida, sobre la experiencia. Me gustaba pensar que todos los gringos deberían de ser iguales: amar la vida y al final de sus días saber que vivieron bien, sin rencores o culpas, sino con una despedida para contener multitudes. En ese entonces yo no sabía sobre las invasiones norteamericanas en algunos países, que ocurrían mientras mis padres veían televisión en la sala.

La biblioteca de papá también era una ciudad. Mejor dicho, era un país. Tenía su bandera, su himno, sus leyes y sus paisajes; pero no tenía petróleo, por eso nunca llegaron los norteamericanos. Al fondo de la biblioteca, enmarcada, la bandera: una playera de fútbol autografiada por uno de los porteros del equipo universitario. En el tocadiscos, un disco con corridos de caballos que mi padre entonaba a diario, como el himno de lucha y orgullo. En la mesa del centro, un libro de poesía siempre abierto: dictando la palabra sagrada. Y los libreros, inmensos, alzándose sobre todas las cosas; altos, como las paredes de un templo.

Me gustaba mucho jugar en la biblioteca de papá porque era como un espía que vivía entre los dos países en guerra. En aquel entonces las cosas marchaban mejor. No tenía que preocuparme por nada. Después de un tiempo, olvidaba el conflicto en el mundo y me limitaba a jugar en el patio. Sólo tenía que esforzarme en agradarle a los adultos, ser un buen estudiante y recitar los poemas que a mi padre le gustaban. Mi mayor preocupación era abrir bien la boca para decir «A mí de niño me seguía el sol». Sonreía para que todo mundo aplaudiera y que mis padres se sintieran orgullosos. Salía a la calle para correr tras la pelota y anotar mil goles. Lo cierto es que nunca fui un buen futbolista y nunca gané un concurso de declamación. En la preparatoria fue cuando descubrí mi verdadera vocación, que a los ojos de mi padre era un acto suicida. Atrás quedaron los videojuegos y la carrera por huir del sol en los niveles desérticos de *Super Mario Bros 3*. Tomé la decisión más importante de mi vida y me matriculé en la licenciatura en letras. Luego conocí el amor o, al menos, algo que se le parecía. Después me olvidé del fútbol y del espionaje. La selección nacional nunca lograba ganar el juego de cuartos de final y el quinto partido era un sueño que se repetía cada cuatro años. En cada Mundial nos prometíamos que el siguiente sería el bueno, porque vendrían

mejores jugadores y mejores directores técnicos; también cada sexenio decíamos lo mismo de los presidentes y del rumbo del país. El muro de Berlín había caído muchos años atrás y ya nadie bromeaba sobre el espionaje, que era mucho más común que en esos años.



OTRA PELÍCULA DE GUERRA

*Con qué alegría marchan los hombres a la guerra
Con qué entusiasmo limpian y cargan sus fusiles
Con qué fervor cantan sus himnos de combate*

ÓSCAR HAHN

A papá siempre le gustaron las películas de guerra. Sin embargo, la tarde en que mataron al Shaggy, se dio cuenta de que la guerra nos había alcanzado, y dejó de verlas. Le gustaban las películas en donde los militares mueren orgullosos por su patria y se alzan como los héroes del mundo. El cine hollywoodense se encargó de demostrarnos que Estados Unidos era el embajador mundial de la libertad. Por

eso, en cada película de guerra, los soldados desfilaban con la gloria de los héroes y los mártires, para luego justificar todas las invasiones del gobierno gabacho en Latinoamérica y Medio Oriente.

A veces recordaba con nostalgia las películas de vaqueros en donde las historias hablaban del honor de los pistoleros que saben la responsabilidad de cargar un arma y disparar cuando es necesario. Papá atesoraba una historia sobre el honor que le contó su padre: su tío abuelo —un hombre hábil con las armas, pero tan sensato como para no usarlas— estuvo a punto de morir a manos de Villa durante la revolución; se salvó de puritita suerte porque, para demostrar que era útil a la causa revolucionaria, mató a un cabrón; se trataba de un duelo de tiro contra uno de los ayudantes del Centauro del Norte y demostró la habilidad con las armas, se unió a la revolución y se fue con la bola. Papá pensaba que aquello era como esas películas de vaqueros que veía.

Al Shaggy no le gustaban las películas de vaqueros, sino las del barrio, que eran otra forma de la guerra. Su favorita era *Sangre por sangre*. Se sabía los diálogos de memoria.

En la colonia casi nadie cruzaba palabras con él. Se limitaban a saludarlo y sonreírle. A todos los niños de por el rumbo nos advirtieron que guardáramos distancia. Se decía que estaba loco, que quedó así por un accidente de la infancia, quién sabe qué chingadera le pasó: unos decían que lo atropellaron y casi se muere, pero quedó vivo y loco, en esa delgada línea de la vida que permite el contacto con el otro mundo; algunos más decían que se envenenó y la intoxicación dejó como consecuencia un leve retraso mental; algunos más se atrevían a insinuar que era un castigo divino por ser hijo del pecado, porque se rumoraba que era fruto de una relación incestuosa, aunque nadie supiera nada de su familia.

El Shaggy a veces caminaba sin rumbo y a veces se sentaba en la esquina para ver la nada. Vivía junto con su madre en un pequeño cuarto de lámina que estaba justo a la entrada de la colonia. Sólo tenían una cama, en donde dormía la mujer; un catre, para él; una mesa, dos sillas y un baño. Vivíamos en un barrio al sur de la ciudad, en una colonia popular, en donde las calles tenían los nombres de los integrantes de los movimientos armados de la guerrilla y de algunos otros momentos históricos importantes dentro de la lucha revolucionaria; después me aprendería el nombre de todas las calles en un afán de hacer notar mis nacientes inclinaciones políticas de izquierda.

El Shaggy era un joven de apenas veinte años, aunque su rostro aparentaba algunos más. Nació en el otro lado de la frontera y trabajó allá durante toda su infancia. Sus juegos, en aquel entonces, se reducían a apilar montoncitos de tierra y correr a campo abierto. Trabajaba en la pizca, con su madre, hasta que un día unos hombres llegaron al rancho y detuvieron a todos los trabajadores. Los sacaron del país. El Shaggy decía que aquella tarde nomás escuchó el ruido del motor de las trocas y los gritos de los policías, a los que imitaba wachawacheando. Aunque casi no hablaba con nadie, su español era tan malo como su inglés, pero balbuceaba frases en ambos idiomas. Nunca estudió y presumía que su papá era gringo.

Poquito me faltó pa' ser güerito, como mi apá, decía.

Lo cierto es que no conoció a su padre. Lo único que sabía de él era por su madre, que ya era vieja y comenzaba a tener problemas de memoria. Quizá eso fue lo que los empujó a fijar su residencia en Chihuahua. Vivieron un par de años en Tijuana, Agua Prieta y Ciudad Juárez, pero ya llevaban cinco años en la colonia, más o menos. Desde que llegaron, el Shaggy se sentaba a la entrada de la colonia a wachar los carros que entraban a su territorio. Siempre vestía pantalón

caqui perfectamente planchado, con las pinzas marcadas y varias tallas más grande que la suya; tenis Nike Cortez blancos, comprados en El Pasito, uno de los centros de distribución de piratería más grandes de la ciudad; y playeras extragrande, a pesar de su complexión delgada, y en algunas de sus limas tenía estampado su apodo al cuello con letras góticas.

La primera vez que hablé con él fue cuando tenía diez años. Al llegar a casa, después de un día de clases, me encontré con que mis papás fueron al supermercado a comprar la comida de la semana. Hice la tarea, me comí un sándwich y prendí la televisión para ver *Dragon Ball GT*. En ese entonces todos en la primaria nos peleábamos por jugar a ser Gokú, tirábamos patadas durante todo el recreo y lanzábamos pelotas como si fueran kamehamehas. De pronto alguien llamó a la puerta. Era Ángel, un vecino y compañero de clases. Quería que saliéramos a jugar. Bajo el brazo llevaba una pelota de futbol y hasta llevaba los guantes de portero puestos.

—¿Se arma una reta? —me preguntó.

—Se arma —respondí.

Salimos a la calle y colocamos dos piedras en cada extremo para hacer las porterías. Llamamos a Luis y a Qui-co para jugar dos contra dos: cada quien su delantero y su portero. Entonces llegó el Shaggy, se sentó en la banqueta y comenzó a vernos jugar.

—Nombre, cabrón, córrele más, te van a chingar —me gritaba cada que me quitaban la pelota y luego, tras el gol en contra, volvía a gritar—. Ya ves, ¿qué te dije? Estás bien güey.

El Shaggy no daba miedo, inclusive era un muchacho simpático, lo que nos daba miedo era todo lo que decían de él. Pero esa tarde las cosas cambiaron. Nos pidió jugar. La hizo de árbitro y, de vez en cuando, nos ayudó a Ángel

y a mí para vencer al equipo rival. Desde entonces comenzamos a considerarlo nuestro amigo. Así, en cada partido de fútbol, fue demostrando sus dotes de cronista deportivo de barrio. Entendí que cuando se sentaba en la esquina, pensaba en las palabras precisas para describir lo hermoso que eran los atardeceres y después se viajaba pensando en lo que se escondía más allá de los cerros; así como cuando estaba en el otro lado, que el sol ardía y él hacía montoncitos de tierra. Pero en algún momento el paisaje cambió y el rojo ya no era el color del atardecer, sino el color de la sangre derramada en las calles. Luego, al caer la noche, las luces inundaban la oscuridad: las trocas paseaban con hombres armados sobre las cajas.

Una tarde, cuando yo estaba en la preparatoria, el Shaggy me llamó desde la banqueta de la esquina. Me dijo que vio un carro muy sospechoso darle varias vueltas a la colonia. Ya para ese entonces la violencia había estallado en el estado y no era raro encontrarse con cuerpos a media calle. Pero en la colonia no sabíamos de esas cosas, todo eso ocurría en barrios cercanos, pero no en el nuestro. Por mis calles los pandilleros robaban tiendas y se peleaban entre ellos, pero nada más, no pasaban cosas más graves. Ese día el Shaggy dijo que todo se iba a ir a la chingada. El carro que vio se parecía mucho al carro que días antes vieron dejando una manta en un puente peatonal del centro de la ciudad. Al menos eso era lo que se decía de boca en boca.

—Wacha, vato, así está el bisnes, peladita: o estos cabrones nos chingan o nosotros nos los chingamos, eh, ¿oyes? No hay de otra, ¿entendistes?

Asentí, temeroso. Recordé un diálogo de *Sangre por sangre*, la premisa era cierta: «Si no hacemos nada, no somos nada», pero no sabía con certeza a qué se refería el Shaggy. Supuse que aquello era una invitación a defender el barrio junto con él, pero yo no tenía la mínima idea de lo que era

pelear o estar en una esquina con los ojos de águila. Además, el Shaggy estaba loco, qué tal que sólo eran sus alucinaciones.

En ese entonces apenas comenzaba a leer sobre los grandes guerrilleros que daban sus vidas por la causa, pero yo todavía no sabía cuál era mi causa, ni cómo pelear por ella.

—Carnalito —me dijo—, ven ahorita en la noche, para ver qué se arma, pero estos cabrones aquí no entran.

Tiempo después su voz me recordaría a los discursos que dio el Che Guevara en la asamblea de las Naciones Unidas. En cada una de sus palabras se palpaba una profunda convicción de defender a los suyos.

No fui al encuentro. Esa tarde me quedé en casa. Preferí pasar las horas de la tarde sentado frente a la televisión viendo un documental sobre la guerra de Vietnam. No sabía lo que se gestaba en la cabeza del Shaggy. Mientras cambiaba los canales de la televisión, el presentador de noticias dijo que todo el norte del país atravesaba por una ola de violencia; nosotros éramos los náufragos. Mis padres hablaban de una balacera quién sabe dónde y mi hermano me contaba que mataron a la mamá de un amigo en un bar al centro de la ciudad. Nadie sabía que el Shaggy vio que ya andaban dando vuelta por la colonia. Me pregunté si sólo me invitó a mí o le había dicho a los demás de la cuadra.

Al anoecer, cayó la noticia. Sentí un nudo en la garganta y otro en la boca del estómago. Sudé frío. Ángel fue el que me dijo. Llegó corriendo a la casa y casi tumbó la puerta a golpes.

—Carnalito, ábreme —me gritó.

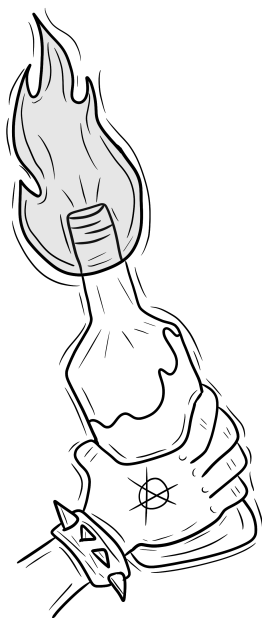
En cuanto abrí, lo soltó, entre lágrimas.

—Se chingaron al Shaggy, se lo chingaron...

Al día siguiente, en las noticias, dijeron algo sobre un pandillero muerto al que encontraron en un lote baldío. Como seña particular, dijeron que llevaba en la mano un

tatuaje con tres puntos, en el pecho tenía tatuada un águila devorando a una serpiente y el nombre de una mujer con la que probablemente tenía un vínculo afectivo. También dijeron que arrojaron el cuerpo desde una troca en movimiento por el tipo de lesiones que presentaba. Estaba atado de pies y manos con unas corbatas de plástico. Sentenciaron que de seguro era parte de una organización criminal. Se trataba de un ajuste de cuentas.

Ángel vio caer el cuerpo mientras la troca se perdía a lo lejos con todo y sus cuatro tripulantes encapuchados. Estaba escondido detrás de la ventana de su casa. Desde ahí alcanzaba a ver el lote baldío que estaba en la entrada de la colonia. Me lo dijo mientras lloraba. Ahora ya no recuerdo su voz. Una semana después de que mataron al Shaggy, se mudó a Guadalajara, porque su familia tenía miedo. Nunca volvimos a hablar. Poco a poco los amigos del barrio comenzaron a irse a otras ciudades. No sabían que la guerra los alcanzaría hasta en el último rincón del país. Fueran a donde fueran, no podrían estar a salvo. Algunos cruzaron la frontera en búsqueda del sueño americano, como reclamando el paraíso del que fuimos expulsados, que se nos arrebató. La mamá del Shaggy murió a los tres meses de aquel incidente. Desde entonces la esquina se quedó vacía y ya nadie se sienta para ver el atardecer.



YA NO SOMOS PUNKS

*Dispatch calls, «Are ya doin' somethin' wicked?»
«No siree, Jack, we're just givin' tickets!».*

DEAD KENNEDYS

Alberto sale de la casa y enseguida me grita. Son las 8:50 de la mañana y entramos a la oficina a las 9:00.

— ¿Dónde están las llaves?

— Las traigo en la bolsa, cámara, te las paso en un ratito.

Deja nomás me tomo la pastilla.

— Güey, se nos va a hacer tarde, otra vez.

— Ya voy — grito desde mi cuarto.

Salgo y le doy las llaves. Todavía no me lavo los dientes. Ya tengo la camisa puesta y siempre trato de lavarlos antes, por si me salpico. A veces pasa. Soy distraído. ¿Cómo es posi-

ble que pase esto a mi edad? Pero ni hablar. Regreso al baño. Alberto enciende el motor del automóvil. Acelera una o dos veces y el motor ruge. Suena el claxon. Está desesperado.

— Ya voy, cámara — grito. Salgo y Alberto me hace señas para que cierre la puerta. El ritual del toc me condena a hacerlo tres veces. Giro la perilla mientras hablo en voz baja —. Uno, dos, tres. Sí, listo.

Salimos de casa. Emprendemos la marcha y enseguida nos incorporamos a una de las calles principales de la ciudad. El automóvil avanza por el bulevar Fuentes Mares. La tienda Soriana está ahí desde que yo estaba pequeño. Parece atrapada en el tiempo, como si se mantuviera en los ochentas, y eso que la construyeron en los noventas. Un carro se atraviesa. El pendejo ni siquiera se fijó, nomás torció el volante. Aquí con que sepas pisar el pedal y girar el volante, ya te dan la licencia para manejar.

— Amanecemos pendejos, ¿verdad? — dice Alberto.

— Ah, no mames, se me olvidaron las pastillas — lo interrumpo.

Me lleva la chingada, tan presente que lo tenía y se me olvidó. ¿Cómo es que se me olvida? Ni siquiera estoy tan viejo.

— Pero dijiste que te las ibas a tomar, ¿no? — pregunta.

— Pues nomás dije — respondo.

Detengo la mirada en la estación del metrobús, que durante los últimos diez años ha tenido más de cuatro nombres, tratando de borrar la marca de la gestión gubernamental anterior. Ahí está el rostro de José Fuentes Mares. ¿Qué hubiera pensado de saber que una estación del metrobús tendría su nombre? Hay una escultura de él afuera de la Quinta Gameros, pero un rato estuvo afuera de Walmart. Pobre cabrón, odiaba reتهarto a los gringos y al final terminó ahí, afuera de una tienda que representa ese imperialismo yanqui capitalista. Aunque después lo regresaron a donde estaba antes.

Ahora posa, sentado sobre su silla, frente al Centro Cultural en donde todos quieren presentar sus libros; en la misma calle en donde mi amigo de la secundaria y yo soñábamos pasear con nuestros instrumentos musicales y tener nuestro primer concierto, porque dos o tres bares de por ahí traían bandas de rock bien chidas.

Luego, cuando nos incorporamos a la avenida Independencia, volteo al otro lado. Ahí se encuentra el lugar para el placer del cuerpo y el alma. Apenas hace unos días me di cuenta de que estaba abierto. Siempre pensé que estaba abandonado. Motel Rafael. Pienso en el Arcángel librando las batallas contra los demonios. No hay mejor forma de luchar contra el pecado que entregándose a él. Enfrente está la gasolinera en la que siempre cargamos gasolina, desde que éramos niños, listos para los viajes familiares. Ahí llegaba mi jefecito a llenar el tanque, cuando la gasolina costaba como siete pesos por litro, más o menos, pero ahora está bien cara. Pinches veintidós pesos y hasta resulta que son litros que ni a litro llegan. Ya una vez los torcieron con la tranza.

Pasamos por la secundaria en la que ambos estudiamos. Me pregunto por mi amigo de aquel entonces, ¿qué habrá sido de él? Hace mucho que no platicamos. Recuerdo cuando me enteré que mi secundaria fue un panteón, pero de verdad, no como las historias que siempre dicen de que todas las escuelas fueron panteones. Acá fue de neta. Hasta hay planos de la época revolucionaria en donde está trazado y se sabe que a Villa, siendo un asesino despiadado, le encantaba fusilar gente. A dos o tres — por no decir que a un chingo — los fusiló ahí y ahí mismo los enterró. Tal vez por eso se maltripeaban los conserjes de la secundaria. Había raza bien pirata. Luego me di cuenta de que hasta Rogelio Treviño, una especie de poeta maldito de la ciudad, anduvo jalando ahí, de velador. Dicen que se encerraba en los salones y se ponía a leer. Pero de seguro en esas noches veía un

montón de chingaderas. Veía desfilas a todos los muertitos de Villa. Quizá hasta se ponía a platicar con ellos y se echaban sus tragos juntos.

Hablando de tragos, a unas cuadras de la secundaria hay un templo cristiano, que se llama «Vino Nuevo». La neta cuando recién vi que pintaron la barda con el nombre, pensé que era una licorería. No sé cuál es el afán de los cristianos de ponerles nombres raros a las iglesias. Pero no. Es como una iglesia que se llama «La semilla de mostaza», que parece esconder en el nombre el amor por la María Juana. Lo triste es que al pintar la barda para adornar el templo, borraron algunos graffitis bien perros que estaban ahí, eran unos buenos placazos. Estaban desde la era dorada del graffiti en la ciudad. Había banda que se la rifaba machín y pintaban murales bien chingones, pintas con las que uno se quedaba asombrado. Por ejemplo, estaba un cabrón que hasta pintor se hizo y se lanzó al chuco, en Los Ángeles, a triunfar en las galerías gringas. De esa bandita era un vato que después se hizo pintor y hasta tatuador, de hecho él me rayó las líneas que tengo.

— ¿Por qué tan callado? — pregunta Alberto.

— Venía en la pendeja — le respondo.

— Mira — advierte y señala con la mirada —, qué chinga, ¿verdad?

Una bolita de morros avanza cruzando la calle. Se acaban de bajar del camión. De seguro van a la misma preparatoria en la que estudiamos. Lo sé porque nosotros hacíamos lo mismo.

— Sí — confirmo.

Ahí Alberto da vuelta a la derecha. Avanza. Más adelante, pasamos por la Fiscalía, y recuerdo una noticia que leí un día antes. A veces, cuando bajamos por la calle 11, vemos un bar bien pinche, pero que le gusta a un maestro y amigo en común.

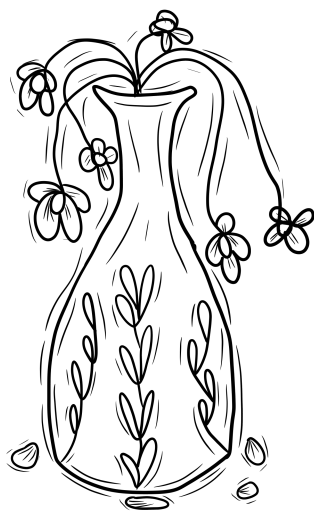
— Güey, no mames, ayer balearon a un cabrón en El Boca-negra, ¿tú crees? Leí que entraron y en corto, pum, un balazo en la frente y se chingó. Al principio me asusté. Me acordé que a ese bar a veces va el profe Pepe. Quién sabe por qué le gusta si está bien culero. Pero bueno, es mejor eso a que luego lleguen y vacíen la pinche metralla completa. Por cierto, la otra vez me contaron algo bien denso. Y sí, tiene sentido. Pero son esas cosas que uno no se pone a pensar hasta que se las dicen. Así, como dices tú: en retrospectiva todo es obvio. Pero es que me decía un compa de Juárez algo que me sacó de pedo. Yo le estaba contando de la serie esa de Allende, la de *Somos*, que no mames, hicieron un cagadero, mataron casi a todo el pueblo. Bueno, eso dicen. Según los datos oficiales fueron nomás cuarenta, pero yo no creo. Seguramente sí fueron un montón. En la serie dicen que como trescientos, que quemaron trocas y ranchos, y hasta traían maquinaria pesada para demoler las casas y así, bien denso, ¿te imaginas a qué debe oler? Entre el fuego, la sangre, el plomo, el pelo quemado y todo eso. Chale, qué culero. La serie la tuvieron que grabar en otro lugar, en Durango, creo. Porque pisar Allende es ir a que te maten. Pero bueno, le conté de eso, de la serie; y él me contó de los chavitos estos de la fiesta, ¿te acuerdas? Los de Salvarcar. Fue hace ya unos años, que en las noticias dijeron que eran puros malandrillos, pero nel, eran estudiantes de prepa y nomás andaban ahí, en la fiesta, pobres cabrones. De haber vivido en Juárez, nos pudo tocar a nosotros. Pero bueno, dijeron que eran malandrillos porque pues sí, la maña en ese entonces usaba puros chavitos. La neta sí los usaban bien gacho, ya sabes, porque los veían como algo desechable. Si les bajaban a dos o tres morritos en un enfrentamiento, pues nomás iban a una colonia jodida y en corto ya tenían los reemplazos. Algo así como lo que hizo Pablo Escobar con el sicariato y los barrios de los tugurios. Pues lo mismito. Es que agarraban a puro morrito y como no

sabían usar la pistola, pues tiraban a lo pendejo. Por eso la diferencia entre antes y ahora. Antes, los bandidos llegaban y en corto: un balazo; nomás al que se querían chingar. Por honor. Luego, cuando tronó todo este pedo, pues mataban un chingo porque pues sí, dale el arma a un pendejo y ve lo que pasa, porque las armas son pendejas en manos de los peligrosos, y te hacen un cagadero. Por eso, si iban sobre uno, se llevaban a todos los que estaban alrededor, porque sin honor y sin entrenamiento, todo sale mal. Pero sí, ¿tú crees? Ayer mataron a un cabrón. Qué raro que haya sido solamente con un tiro.

No dice nada. Sólo escucha. Hasta que por fin llegamos a la oficina de la Secretaría de Asuntos Sin Importancia y frena la marcha.

—Servido — me dice.

Me bajo del automóvil y él sigue su camino hacia la oficina de la Secretaría del Bien Decir y el Mal Hacer.



EL ÁRBOL MÁS HERMOSO DEL JARDÍN

1

La palabra «jardín» tiene varias acepciones. Puede ser un terreno en donde se cultivan plantas con fines ornamentales; un retrete o letrina, especialmente en los buques; o una mancha que deslustra y afea la esmeralda. Existen diferentes tipos de jardines: los botánicos, que es un terreno destinado para cultivar las plantas que tienen por objeto el estudio de la botánica o su apreciación, por ejemplo; de niños, que son una escuela para niños menores de seis años, por lo regular, en donde aprenden los primeros trazos, las primeras tareas mecánicas —recortar, pintar, dibujar— y entablan su primer contacto con la sociedad o, al menos, lo intentan; y también

se le puede llamar «jardín zoológico» a los parques de flora y fauna con fines de reproducción, exhibición y apreciación, aunque puedan resultar un tanto crueles.

De la primera, pensamos en los maravillosos jardines de los paisajes bucólicos hermosos e idealizados de la literatura medieval, lugares propicios para que se diera el amor de la forma más natural posible, en donde los pastorcillos perseguían a las damiselas y los sátiros vigilaban desde el bosque; también pensamos en el Jardín del Edén de la tradición judeocristiana, al que algún día regresaremos, porque de ahí fueron expulsados Adán y Eva, y nosotros, hijos de aquellos desterrados, algún día encontraremos el camino a casa y regresaremos a ese jardín hermoso y paradisiaco; o de los Jardines Colgantes de Babilonia, que la historia guarda entre sus páginas como una de las siete maravillas del mundo antiguo.

De la segunda, sólo atesoramos recuerdos borrosos de nuestra introducción al mundo escolar y dos o tres cicatrices en la rodilla o en la cabeza, algunas amistades que se desdibujan entre anécdotas divertidas, además de un montón de llanto, anticipando todas las lágrimas que vendrá después, como adelantando que la vida adulta resultará difícil.

Por ese motivo es que prefiero la primera acepción.

2

Ezequiel veía desde su ventana cómo las nubes se derramaban sobre el mundo. Los gruesos goterones golpeaban la ventana, amenazando con romperla, impactándose cada vez con más fuerza. Pero a aquel hombre lo único que le preocupaba era su jardín: ¿qué tal si sus plantas, que tanto tiempo había cuidado, se ahogaban?, ¿qué sentiría si un relámpago caía sobre el árbol para partirlo?, ¿qué haría si todas sus flores se murieran?, ¿qué sería de él si aquel árbol,

el más hermoso del mundo, se viniera abajo?, ¿en qué ocuparía sus días si ya no tuviera un bello jardín que cuidar?

Esa noche tendría una cita y si el árbol se viniera abajo, no podría presumirlo con orgullo, recorrer cuidadosamente la senda trazada con piedras para no pisar el pasto verdísimo, ni podría llevar a su mujer al patio para detenerse a contemplar el árbol que se alzaba sobre todas las cosas. Ese jardín era fruto de su trabajo de tantos y tantos años. Dedicó un especial cuidado a cada planta, para su distribución y su peculiar colorido, como un pintor que cuida cada pincelada. Le gustaba que fuera así de hermoso para siempre pretextar algo que los invitara a salir al patio y decirle a sus visitas:

—Mira, mi jardín, ¿apoco no es precioso?

Pero mientras llovía con tanta fuerza, en medio de aquellos pensamientos angustiantes, se detuvo por un momento a recordar los días de su infancia. Se acordó de cuando tenía que esperar al final de la lluvia para poder salir a jugar y escapar de casa, esconderse lejos de la mirada de su madre para brincar entre los charcos mientras salpicaba todo alrededor, porque cuando la lluvia caía, tenía que resguardarse en casa, y no podía salir a reír y correr como los otros niños. Su madre le inculcó miedo ante la más ligera llovizna, alegando que mojarse lo haría enfermarse, y ella no lo podría cuidar.

Por eso aprendió a contemplar, a vaciar la mirada sobre el paisaje, a detenerse a observar hasta el mínimo detalle. Le gustaba ver la lluvia y pensar en el diluvio, en esa historia tan asombrosa que su maestra de primaria les contó una vez. Ese día comenzó a llover y ella bromeó con que se trataba de otro diluvio. Un niño preguntó qué era eso y ella les platicó que hace muchísimos años un hombre construyó una barca, reunió dos animales de cada especie y navegó durante cuarenta días con sus noches mientras no paraba de llover, hasta que encalló en un monte.

—¿Entonces los animales que no subieron a la barca se murieron? —preguntó una niña asustada.

—Puede ser —respondió la maestra—, tal vez hubo animales fascinantes que no pudimos conocer, ¿se imaginan cómo pudieron ser?

Pero Ezequiel no pensó en los animales, pensó en los árboles, en las flores, en los jardines, ¿qué pasó con ellos durante esos cuarenta días de lluvia?

—Pues muchos nadaron —respondió otro niño.

Ezequiel comenzó a imaginar las tormentas en altamar y pensar en el diluvio. Pero cuando llovía, lo único que esperaba era que el agua dejara de caer. Una vez que la lluvia terminaba, salía para hacer barquitos de papel y navegar por los riachuelos que corrían por las calles.

La lluvia comenzó a arreciar y Ezequiel recordó cuando regresaba a casa, después de jugar, y tenía los pies llenos de lodo. Se imaginó a su madre en la puerta de entrada, gritando y manoteando al aire, enojada, reclamándole su ingratitud de niño pequeño.

—No entres a la casa así, Ezequiel —solía decirle.

La imaginó y casi la pudo ver corriendo al baño para sacar el trapeador y limpiar aquel desorden, bufando mientras tallaba el suelo para borrar las manchas de lodo. Y él, ahí, riéndose, sabiendo que era un capitán que regresó a casa triunfante tras su aventura en mares peligrosos.

Ahora que la lluvia caía con fuerza, ya no se imaginaba como el capitán de un barco, sino más bien como el modesto jardinero de algún palacio. En el piso no había manchas de lodo y afuera los charcos parecían lagunas enormes. Seguía preocupado, esperaba ansioso a que la lluvia terminara, para salir al jardín y asegurarse de que sus plantas estaban bien.

Entre sus recuerdos encontró también la imagen nítida de su madre, clara como el agua más cristalina: era una mujer muy guapa; la imaginó sentada en el sillón más grande de

la sala, con la pierna cruzada y las manos encima de las rodillas. El cabello negro le llegaba hasta el final de la espalda. Sus ojos también eran negros y grandes. Tenía la piel clara. Llevaba los labios de un rojo brillante. La recordó. Era julio. Hacía calor y ella llevaba un vestido blanco que delineaba cada curva del cuerpo. Movía la cabeza para quitar el cabello del rostro y sonreía, apenas con un leve movimiento, curvando la comisura de la boca. Unos hoyuelos se marcaban en sus mejillas. Entrecerraba un poco los ojos. Era tan bonita. Suspiró. Le gustaba recordar.

También recordó los años en que dejó de ser niño, pero su madre parecía no notarlo. A veces se metía al baño con él: primero se bañaba ella, tardaba unos quince minutos, casi cronometrados, corría la cortina y salía envuelta en una toalla; luego era turno de Ezequiel, su madre contaba el tiempo y lo esperaba tras la cortina del baño, todavía envuelta en la toalla, y comenzaba a secarlo mientras le preguntaba si se había bañado bien, si se talló, usó jabón y champú.

Ezequiel recordó aquella tarde en que vio a su madre desnuda porque la toalla se le cayó. El cabello negro le caía sobre los pechos y no alcanzaba a cubrirlos por completo. Las curvas de las caderas se veían más pronunciadas que cuando estaba ataviada con los vestidos que solía usar. Su madre gritó, le ordenó que se volteara en lo que se ponía la toalla, pero una vez que se la volvió a anudar, todo regresó a la normalidad. La rutina comenzó y regresó a la tarea: a secarlo mientras le preguntaba lo mismo de siempre. Hasta que se detuvo porque notó la erección que Ezequiel trataba de esconder moviendo las piernas. La mujer se salió del baño y le dijo que cuando terminara de alistarse, fuera a la sala. Nunca hablaron de eso y con el tiempo parecía asunto olvidado.

Sin embargo, Ezequiel se sentía culpable porque al anochece se masturbó pensando en ella, recreando aquella

imagen que contempló sólo por unos segundos, que le parecieron eternos. A su madre le gustaban las manzanas y Ezequiel pensó que sus pechos eran así: los imaginó como el fruto prohibido, dispuestos ante sí para el pecado. A la mujer también le gustaban los vestidos con flores, en especial uno negro con flores azules. Eran nomeolvides. Su madre se llamaba Magnolia.

Un relámpago distrajo a Ezequiel de sus pensamientos. Resignado, pensó en salir al jardín para sentir las gotas de lluvia, para recuperar todos aquellos días de la infancia en los que no pudo jugar mientras llovía. Al salir, las gotas lo empaparon en segundos, y extendió las manos para sentir cómo la lluvia golpeaba su cuerpo. Por un momento se vio tentado a levantar la mirada para ver el cielo, pero tuvo miedo de imaginar el castigo de Dios, que las gotas golpearan sus ojos con tanta fuerza que lo dejaran ciego por haber visto a su madre desnuda y seguir reproduciendo aquella imagen en la memoria cada que se acostaba con alguna mujer. Luego se cobijó de la tormenta en el umbral de la puerta. Al centro del jardín se alzaba un gran árbol que Ezequiel plantó años atrás, después de la partida de su esposa.

Conoció a Margarita quince años antes. En aquel ayer, tenían veinte años, estudiaban en la universidad y estaban llenos de ilusiones. Él estudiaba una licenciatura agrotecnológica y ella cursaba estudios en administración. Tenían la esperanza de casarse una vez que terminaran su carrera. Creían en una mejor vida, en que se podía construir un futuro prometedor, que podrían tener una familia y dedicarse a un negocio propio. Tuvieron una relación de cuatro años, se casaron y poco después de que terminaron la universidad, ella desapareció. Cuando recién la conoció, ella le dijo que le encantaban las flores, entonces, bromeando, se prometieron un jardín que cuidar de ancianos.

—Con muchos árboles y muchas muchas flores —dijo Margarita.

Ezequiel sólo asintió sonriente. Por eso cuando comenzaron su noviazgo, Margarita le regaló a Ezequiel un árbol de manzanas.

—Este es el primero —le sentenció.

Él lo sembró en casa de su madre y procuró un espacio lo bastante grande como para que el árbol creciera, pero también para poder transplantarlo una vez que tuviera su propio hogar. Cuando Ezequiel le propuso matrimonio, le regaló una bolsa de semillas, en donde se encontraban desde árboles hasta flores y hierbas para cocinar.

—Por las demás plantas que nos faltarán —dijo.

Aquel árbol en su jardín era el mismo que Margarita le dio cuando comenzaron su relación. Era una forma de recordarla.

3

De pronto llamaron a la puerta: se escuchó un golpe seco seguido de tres golpes acompasados. Ezequiel se levantó de inmediato y caminó a la ventana para ver su jardín. Ya no llovía. El cielo estaba despejado y ligeramente soleado. El árbol, las flores y las plantas estaban dispuestas tal y como a él le gustaban. Recordó a Margarita y sonrió. La imaginó enseguida de la puerta comiendo una manzana, como tanto le gustaba, con un vestido negro y sonriendo, viéndolo con esa miradita de complicidad desbordada en cursilería.

Se escucharon otros golpes a la puerta, ahora con más fuerza. Dejó de pensar en Margarita. Suspiró y paseó la mirada por la casa, repasando que todo estuviera en su sitio, que no fuera a dar una mala impresión. Fijó la vista en su jardín pensando en lo hermoso que era. Vio el árbol con

orgullo, infló el pecho y levantó el rostro, sabiéndose un hombre completo, feliz, un hombre que se hizo a sí mismo.

Volvieron a llamar a la puerta, ahora despacio, apenas tres golpes secos, tímidos, como cuando alguien toca a una puerta sin querer tocarla, como si estuviera esperando la negativa para emprender la huida, pensando en que no hay nadie en casa.

Ezequiel se llevó las manos al rostro, apretó los labios y después los mojó con saliva mientras arrastraba la lengua, pasándola por toda la boca.

— Enseguida voy — gritó —, un momento.

Nadie respondió.

— Voy, voy — insistió el hombre.

Sacó una moneda de su bolsillo, se dirigió a su habitación y la colocó en el buró, junto a un pequeño montículo con otras monedas. Salió del cuarto y cerró la puerta con delicadeza. Se tronó los dedos de las manos, estiró el cuello y por fin se dirigió a la entrada. Cuando abrió la puerta, encontró del otro lado a Azucena, la vecina, a la que conoció un par de semanas atrás en una reunión del barrio para hablar acerca de las lluvias que derribaron la barda perimetral del fraccionamiento. En aquella ocasión su presencia le resultó inquietante, algo que no podía explicar, por eso no dejaba de verla. Iba con un vestido de flores. Al verla pensó en Magnolia, su madre. Le sorprendió su parecido físico. Por eso, al finalizar, se acercó a saludar y presentarse.

— Ezequiel, mucho gusto, vivo aquí — dijo, y se sintió estúpido porque se trataba de una junta de vecinos.

— Yo también — respondió Azucena, riendo, buscando distraer los nervios y aligerar el momento —. Me acabo de mudar hace apenas unas semanas, no he conocido a muchos de los que viven por el rumbo, me alegra por fin cruzar palabras con alguien nuevo.

— También a mí — contestó Ezequiel.

Se quedó mudo. No alcanzó a decir más cuando Azucena se adelantó y se despidió.

— Me tengo que ir. Platicamos después.

— Sí, nos vemos luego — dijo Ezequiel, apenas murmurando.

Azucena ni siquiera alcanzó a escuchar.

Luego coincidieron un par de ocasiones más. La segunda vez la volvió a ver con un vestido de flores. En esa ocasión se vieron en el parque. Ezequiel estaba regando las plantas y podando unos arbustos, una tarea que adquirió ante los vecinos, convencido de que sus dotes para la jardinería eran los más adecuados. Ahora fue ella la que inició la conversación.

— ¿Entonces tenemos un jardinero en la colonia?

Ezequiel sintió que esa pregunta era el pretexto perfecto para presumir el jardín de su casa. Si el del parque era hermoso, el de su casa era lo más cercano al paraíso. Se sentaron en una banca y platicaron largamente. Ella le dijo que estaba por terminar sus estudios y que por fin podría estar sola, pues acababa de renunciar a su trabajo como secretaria en una oficina de gobierno. Se despidieron y prometieron volverse a ver. Esa noche Ezequiel volvió a recordar la primera vez que hizo el amor con su esposa y la primera vez que se masturbó pensando en su madre.

— Hola, ¿cómo estás? — saludó Azucena —, pensé que no había nadie en casa.

Estaba nerviosa, no dejaba de apretujar sus manos.

Ezequiel se hizo de lado, extendió la mano y la invitó a pasar.

— Bienvenida.

En la mesa, la cena estaba dispuesta: una pasta y una botella de vino. Le gustaba el espagueti y el cabernet, lo aprendió en las películas, en las comedias románticas que veía los jueves por la tarde. Sin duda, aquello era la cena perfecta. Mientras Azucena daba los primeros pasos dentro

de la casa, aquel hombre presumió lo que tanto le gustaba mostrar.

— Tengo un jardín hermoso que te va a encantar, ¿lo quieres ver?

4

Esa noche Ezequiel sembró el cadáver de Azucena en el patio, justo a un lado del árbol de manzanas que tanto le fascinaba, mientras repasaba los gritos ahogados tras la mordaza con los que la mujer suplicaba por su vida. Estaba hincado rezando, aunque hacía tiempo que una voz en su cabeza le decía que tenía que dejar de hacerlo, que nadie lo escuchaba. Dijo unas cuantas palabras: se trataba de una ceremonia sencilla, un pequeño ritual para que su jardín fuera cada vez más hermoso, para seguir presumiendo la belleza contenida en aquellas hojas y aquellas ramas que se mecían con el viento.

Se levantó y ni siquiera tuvo la molestia de sacudirse el polvo de las rodillas. Se acercó al árbol, se puso de puntillas y extendió la mano para cortar una manzana. Al tenerla frente a él, sonrió. Se sintió satisfecho, orgulloso. Elevó la manzana al cielo y detuvo la vista en ella por un par de segundos. Abrió la boca y le dio una gran mordida a la manzana pensando en los pechos de Azucena. El jugo de la fruta le corrió por la comisura de los labios. Se limpió la boca con la palma de la mano y la restregó en el pantalón. Dio otro bocado. Sentía que cada vez que la mordía era como si de nueva cuenta besara los labios de Margarita y volvía a recordar a su madre.

5

El árbol se secó al día siguiente de que Ezequiel se colgó en él. Los frutos se pudrieron y las hojas comenzaron a caer. Su cuerpo no iba y venía con el viento, como las hojas o las pequeñas flores, sólo se mantuvo estático, como el tronco,

firme. Sin embargo, la tarde en que tomó la decisión de acabar con su vida, las manzanas brillaban como el mismísimo sol. Al día siguiente de su muerte, las manzanas estaban podridas y las flores se marchitaron. Ya no era un jardín digno de presumir. En el buró de su cuarto, dispuestas en pequeños montoncitos, había treinta monedas que le recordaban a cada una de sus víctimas.



DEVIL TOWN

*Vivo en la ciudad más triste de este país:
es tan triste esta ciudad que por aquí
cuando alguien se ríe, lo hace mal.*

NACHO VEGAS

Aquella tarde las clases fueron aburridas. El maestro de Latín leía las declinaciones y explicaba en qué caso se tenían que usar. Por la ventana se veían los árboles del jardín frontal de la universidad y la fuente que nunca funcionó. Al menos ahora esa fuente servía como punto de reunión: ahí las parejas se veían por última vez para terminar su relación; en más de una vez me tocó verlas llorar. Por eso a veces, cuando no tenía nada que hacer, me gustaba imaginar cómo fue el momento de gloria de la facultad, si

es que alguna vez lo tuvo. De seguro, en aquellos años, la fuente se veía hermosa. Con una fuente funcionando nadie decidiría que ahí es un buen lugar para terminar una relación. Al contrario: una fuente hermosa sería motivo para el amor, y en aquel jardín — con el agua corriendo, la brisa y el sonido de las gotas —, se podría trazar en la imaginación un pequeño paraíso. Ahora estaba llena de basura, cadáveres de insectos y agua negra. Pobre fuente, *fuentum*, *fuentórum*.

— ¿Qué ves por la ventana, Alejandro?

El profesor de latín, un hombre viejo y cansado que alguna vez trató de ser sacerdote, intentó tomar el control de la clase. Estela me golpeó con el codo para que lo escuchara.

— ¿Qué ejercicio sigue en el libro? — me preguntó.

El libro de latín era el mismo desde que el maestro comenzó a dar clases. Llevaba casi toda su vida en la universidad. En el grupo teníamos un ejemplar con las respuestas y cada fin de semana nos reuníamos para copiar los ejercicios. De latín sólo sabía un par de palabras que ocupaba para el chiste: «*non pecunia habet*», decía para burlarme de mi miseria. En algunos lugares de la ciudad todavía se oficiaban misas en esa lengua muerta y con el sacerdote dándole la espalda a los fieles para poder mirar la cruz.

El maestro me clavó la mirada. No respondí. No insistió. En realidad poco le importaba y continuó con la clase. Estela me volvió a golpear con el codo. Esta vez me preguntó qué haría al salir de clase. Le respondí que ir a casa. Desde que mataron a cuatro estudiantes que esperaban el camión en donde yo solía hacerlo, decidí evitar las calles en la medida de lo posible. Una troca pasó y los rafagueó. Levantaron más de cien casquillos. A la semana siguiente, levantaron al dólar de la colonia y tres días después encontraron su cadáver cerca de las vías del tren.

Apenas eran las seis de la tarde, pero el cielo ya estaba oscuro. Papá me esperaba en su carro en el estacionamiento

de un centro comercial cercano a casa. No era más seguro, pero nos hacía creer que sí. En ese centro comercial era común que una motocicleta diera un rondín para asaltar a los peatones o robar autos. Siempre iban tres personas sobre la moto: uno de ellos era el encargado de robar y los otros dos, desde la moto, vigilaban.

—Vamos a ir a la Taberna, por si quieres acompañarnos— me dijo Estela.

—Sí, ahorita les confirmo —respondí.

—Te esperamos allá —se despidió.

Ella sabía que no iba a ocurrir, que no los alcanzaría en el bar, porque ni siquiera me detuve a pensar en la posibilidad de acompañarlos. Quería llegar a casa y descansar; soñar que todo estaría mejor. Por un momento me detuve a pensar en el profesor de latín y en su vida rutinaria: repetir las mismas frases frente a un grupo de jóvenes que nunca le ponían atención. ¿Qué decisión lo empujó a renunciar a una vida religiosa y lo llevó a ser maestro universitario? Siempre nos contaba que el seminario fue una de sus mejores experiencias, pero el amor lo alcanzó, y el matrimonio, aquel sagrado sacramento al que pensó renunciar, se instaló en su vida. Por eso nos decía que se casó tanto por la ley de Dios como por la de los hombres; y luego agregaba, entre risas, que se casó por tres cosas: por amor, por compromiso y por pendejo.

Ahora, cansado, sólo le quedaba un viejo libro y una vieja ilusión. Quizá debería hablarnos de otras cosas. Contarnos las intrigas que se gestaban al interior de la Iglesia. Hablarnos de la historia de los grupos secretos que en los últimos años comenzaron a salir a la luz pública y que, retomando las viejas estrategias de las cruzadas, se abrían paso en la sociedad y el poder para instalar el reino de Dios en la tierra. Por ejemplo, en España, durante los años veinte, se fundó el Opus Dei a manos de Josemaría Escrivá de Balaguer. Aque-

lla obra de Dios abrió las puertas a los empresarios para entregarle su dinero a los religiosos. Cuando la guerra civil explotó, el grupo se fue a la clandestinidad. Sin embargo, una vez que Francisco Franco llegó al poder, tuvieron más influencia que nunca. Josemaría le agradeció al mandatario que gobernara bajo la ley de Dios. Varios de los miembros de la dictadura eran miembros de la organización religiosa. Entre los misterios que se contaban de la organización, que durante muchos años se mantuvo a las sombras y fue negada, se encontraban las mortificaciones y las penitencias o castigos físicos como una forma de agradecerle al Señor. Algunas de esas penitencias consistían en azotes a la espalda, para que no fueran visibles a los ojos de los otros, o usar debajo de la ropa pequeños mecanismos de laceración. Por esos motivos, muchos creían que el Opus Dei parecía cosa de locos, pero no sabían que en el subsuelo de la tradición política y religiosa en México existían grupos más radicales que cargaban a la espalda algunas muertes. El cine se encargó de poner en la pantalla las tramas conspirativas del Opus Dei a manos de Dan Brown.

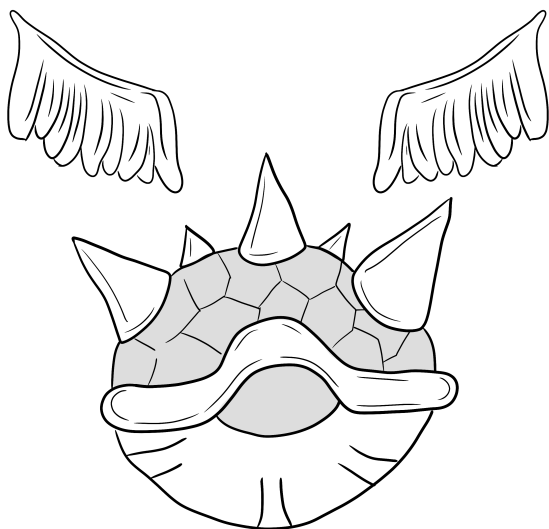
El maestro, cansado, no se interesaba por nada. Tal vez hubiera sido más interesante escucharlo hablar de Roma y de los grandes imperios, del Coliseo lleno y la gente gritando, pidiendo más sangre, sacando sus penas en el circo romano: hombres contra bestias; hombres contra hombres; soldados que conquistaron la mitad del mundo. No como los griegos, que se depuraban con el teatro y las artes; la sangre es la que purifica de verdad. ¿En Roma habría asesinos a sueldo? Imagínense a aquellos hombres desertando del ejército y matando a sus viejos compañeros de guerra por unas cuantas monedas de plata. A fin de cuentas, los romanos ya sabían de traiciones. Imagínense a aquellos hombres listos para cruzar los mares y las fronteras de los imperios para buscar riquezas y plantas mágicas para construir imponen-

tes monumentos y hablar con los dioses o cruzar los límites del universo. Chingón. Pero no. En la clase de latín hablábamos de la familia de Iulio y de cómo siempre le gustaba mostrar su casa, las partes de su cuerpo y la ciudad. El gran Imperio Romano nos enseñaba algunas palabras que nunca íbamos a usar. «Roma in America non est. Roma in Europa est. Oppidum Romanum».

Salí de la universidad y vi cómo los demás caminaban juntos. Los seguí con la mirada hasta que doblaron en la esquina, por la avenida Pascual Orozco. Me senté en la banca a esperar el autobús. Vi pasar un Jetta blanco. Luego una camioneta azul, en donde un niño pegado al cristal, lamiéndolo como si se tratara de una paleta, me miraba sorprendido. En el respaldo del asiento había una pequeña pantalla en donde veía la película de *Megamente*. Resonó en mi cabeza aquella frase que pronuncia el protagonista: «Hasta el destino tiene a sus favoritos». Me pregunté si las personas estaban condenadas a ser buenas o malas. Semanas atrás, en la clase de filosofía, debatimos sobre las ideas de Hobbes y Rousseau: el hombre es malo por naturaleza; no, el hombre es bueno por naturaleza, la sociedad es la que corrompe; la sociedad es la que controla y te hace ser bueno. Si *Megamente* hubiera caído en la casa en la que cayó Metro Man, tal vez sería bueno, pero cayó en la prisión y los delincuentes lo enseñaron a delinquir. Aunque en el fondo siempre fue bueno, porque los malos nunca ganan. Ojalá así fuera la vida.

El semáforo cambió a rojo y una troca negra se detuvo. Al verla, sentí que se me helaba la sangre. Traté de ignorarla mirando al suelo, pero me fue imposible; la troca no llevaba placas y por las ventanillas se escapaba el estruendo de la radio con un corrido que hablaba sobre la cantidad de asesinatos que llevaba un vato que era la mano derecha de los jefes del negocio y que, también, era la mano izquierda de los soldados y las fuerzas del gobierno. La troca estaba

rozando la línea peatonal. Me molía las manos de nervios. Me temblaban los pies. Alcé la vista y vi al hombre que conducía: joven, gordo y con la barba recortada, apenas dibujada en el rostro, contorneando su papada. Bajé la mirada y suspiré. Saqué el teléfono de la mochila y le escribí un mensaje a papá. También le avisé a Estela que no podía ir al bar porque mis papás no me dieron permiso, la excusa de siempre. Guardé el teléfono. Mantuve la mirada en el piso, mientras guardaba silencio. Pedí que cambiara el semáforo. El tiempo parecía eterno y se detuvo para aquella perfecta postal citadina: el semáforo en rojo y los peatones cruzando la calle. Alcancé a ver de reojo que el hombre me veía. El semáforo cambió y el hombre, antes de acelerar, me vio y me apuntó con los dedos simulando una pistola mientras se reía, luego tiró del gatillo imaginario. Aceleró y giró en la esquina.



RAINBOW ROAD

Ernesto escoge a Bowser. Está jugando *Mario Kart 64*. El personaje es asombroso. Se trata de una peculiar tortuga antropomórfica que se mezcla con las características de un dinosaurio y un dragón. Es el rey de los Koopas, ese pequeño ejército que siempre busca derrotar a Mario.

— Ahora sí te las vas a pelar —le dice a su compañero de juego.

— Hasta crees, pendejo —le responde; es el menor de una familia de tres hermanos y siempre que juega con ellos se ve condenado a escoger a Luigi, pero ahora no, esta vez sí puede elegir otro personaje—. Ese está bien pesado. Yo voy a jugar con Mario. Además acuérdate de que Mario siempre se chinga a Bowser.

Afuera llueve como pocas veces. Es un lugar casi inhóspito y a los dos les resulta una incógnita saber por qué viven ahí, pero sus papás les han respondido que por el trabajo, porque esa fue la única oportunidad que tuvieron.

Meoqui es una ciudad pequeña y los habitantes transitan entre las ciudades de Delicias y Chihuahua. Sin embargo, su origen es tan antiguo que sorprende que siga siendo tan pequeño. Todo se remonta a varios siglos atrás, cuando Fray Andrés Ramírez se estableció en la región y bautizó al pueblo como San Pablo. Luego, en honor al general Pedro Meoqui, un militar muerto a manos de los franceses en las calles de Parral, se renombró al pueblo bajo el homenaje de quien muere en batalla y el honor de quien se sacrifica por la patria. A los pobladores les da risa que los foráneos confundan el origen del nombre y se pierdan entre los dos nombres. Hay quien, dando el nombre correcto, dice Pedro Meoqui; y otros, quizá rememorando a Fray Andrés, dicen Pablo Meoqui. Aunque la confusión quizá se deba a Los Tigres del Norte. Por eso, sin decir nombres, es mejor llamarla Meoqui.

— ¿Cuál pista quieres? — pregunta Luis.

— La especial, vamos a jugar la pista arcoiris — responde Ernesto.

La primera pista de la copa especial es la jungla de Donkey Kong. El circuito consiste en atravesar la selva: una catarata y una cueva; para luego sortear un río. A veces se corre a la par del caudal y a veces se atraviesa sobre puentes colgantes. Ni Ernesto ni su compañero de juego han cruzado por un puente colgante, pero sí conocen de ríos, aunque no de selvas. Su ciudad está ubicada en el desierto, pero por fortuna la construyeron a la ladera de un río. Por eso es que sus padres viven ahí, por el río, porque desde hace un par de años se explota el agua y los mantos acuíferos para poder producir refrescos y cervezas. La planta refresquera, que en

un principio fue de Coca-Cola, pasó a ser parte de Refrescos Unión, que produce algunas de las sodas más populares de la región: las sodas Élite, que saben a rojo y morado, más allá de su aparente sabor a fresa y a uva, porque saben igual, es decir, a azúcar, pero con colorantes diferentes; y la soda Manzana Soto, que esa sí sabe a manzana, o al menos a algo que se le parece. Además, existen algunos campos nogaleños, que necesitan grandes cantidades de agua. ¿Cómo en un lugar donde la gente se autodenomina vencedora del desierto es que permiten que empresas refresqueras y campos de cultivo tan demandantes exploten el agua? También hay cultivos de algodón, pero esos son menos exigentes y por ello se llenan de orgullo. El equipo de beisbol de la zona se llama así, «Los Algodoneros de Delicias», aunque tal vez deberían llamarse «Los Refresqueros».

Lo terrible, más allá del desabasto de agua que en un futuro los orillará a tener que mudarse o vivir en situaciones extremas, es que Ernesto cuenta que a las orillas del río se aparece la Llorona. Un amigo de un amigo la vio, al menos eso dicen, porque ese joven murió ahogado durante una noche en que salió a buscar a sus hermanos. Los niños eran gemelos y se escaparon para cometer una travesura. Querían ir al río a bañarse y recoger las piedras pulidas que coleccionaban en el buró de su cuarto. La madre preparaba la cena y cuando los llamó a la mesa, ninguno acudió, sólo llegó el joven, que se sentó sin la menor preocupación. Su madre le mandó a que los buscara, sin saber que lo mandaba a su propia muerte. La señora esperaba preocupada, pero luego de dos horas sin tener noticias, también salió a buscarlos. Ya era la medianoche. Atravesó las calles interceptando a los borrachos que salían de las cantinas, les decía que sus hijos eran así y de tal modo, y les preguntaba que si los habían visto, pero nadie le supo decirle algo. Hasta que fue a parar al río y ahí se encontró con la escena atroz: su hijo, el mayor,

ahogado, con los ojos en blanco y la piel tan pálida como la luna. Ella lloró desconsolada mientras llamaba a gritos que alguien la ayudara. Unos jóvenes pasaban por ahí y fueron los que dieron aviso a la policía. Levantaron el cuerpo y realizaron el reporte. Al día siguiente, comenzaron la búsqueda de los gemelos, pero nadie supo nada. La mujer, empecinada, cada noche regresaba al río, en donde en más de una ocasión escuchó los lamentos de la Llorona, que gritaba a lo lejos. Inclusive, después de tanto escucharla, decía que a veces la Llorona también se reía. Ella les contaba a los vecinos, pero nadie le hacía caso, sólo comenzaron a decir que se volvió loca. Hasta que un día también la encontraron muerta en el río, igual que su hijo, con los ojos en blanco y la piel palidísima. Entonces la gente dijo que murieron porque vieron a los ojos de la aparición. Eso fue muchos años atrás, dice Ernesto, pero desde entonces todo mundo dice haber visto unos niños que corren por el río y se escuchan los gritos del joven y su madre, pidiendo clemencia, mientras la Llorona grita buscando a sus hijos y robando a los niños que caminan por la ladera el río. Por eso ni Ernesto ni sus amigos van a jugar al lugar después de la tarde. En todo el pueblo es un secreto a voces.

La segunda pista es el valle de Yoshi. Esta pista es un laberinto en donde el valle ofrece diversos retos: los intrincados caminos acortan o prolongan el recorrido de los participantes. Además, a punto de llegar a la meta, un huevo gigante interrumpe el paso y amenaza con aplastar a los corredores. Al sur de su ciudad, a un par de kilómetros, está el Valle de Allende y ahí lo que interrumpe tu paso son los comandos armados. De camino, por la carretera que conecta Chihuahua con Delicias y Meoqui, antes había una escultura gigante de un hombre cacahuete, pero luego desapareció. Si se cayera, de seguro causaría el mismo caos vial que aquel huevo en la pista. Ahora el que cuenta la historia es Luis.

Dice que una vez esa figura del hombre cacahuete, que estaba instalada en una pequeña fábrica, fue vista moviéndose. Los hombres que la vieron trataron de tomar video, pero fue imposible porque en cuanto sacaron la cámara, la figura dejó de moverse. Alguna vez leyeron en los nacientes foros de Internet sobre la estatua de Ronald McDonald, un aterrador payaso creado para ser el rostro de la cadena de comida rápida, que fue replicada en todos los restaurantes para que los comensales pudieran tomarse una foto con la figura. Sin embargo, las cámaras de seguridad registraban extraños movimientos, y los comensales decían que la figura se movía. Tal vez empujados por esas historias, aquellos hombres comenzaron a rondar de madrugada buscando atrapar en movimiento al hombre cacahuete, pero nunca pudieron. Lo lamentable fue que durante una de esas madrugadas fueron testigos de cómo un comando armado asesinaba a unos hombres, pero al verlos y ser descubiertos, también fueron víctimas.

La tercera pista es el muelle embrujado. En esta pista aparecen fantasmas. Pero ni a Ernesto ni a Luis les asustan los fantasmas, aunque Luis cuenta que una vez vio uno. Fue en casa de su abuela, en las laderas del río. A la mitad de la noche despertó y vio por la ventana a una mujer que lo observaba, como si buscara algo, pero apenas Luis la descubrió, la mujer terminó por desaparecer. Alcanzó a ver, también, una silueta de un hombre que levitaba, alzándose un metro sobre el suelo, y escuchó los gritos de un niño. No pedía ayuda, sólo gritaba en medio del llanto, mientras pedía que pararan, que se estuvieran quietos, que no quería morir. Asustado, fue a despertar a su abuela, pero cuando ella despertó, ya no estaba nadie ni se escuchaba nada. Luis le pidió dormir con ella y desde ese día decidió no volver a dormir en casa de su abuela. Ernesto, por otra parte, cuenta que una vez despertó de golpe y frente a él vio la sombra de un hombre

con sombrero, no alcanzó a observar rasgos definidos, sólo una mancha negra, una sombra sobre la pared. No podía moverse ni podía gritar y vio la sombra hasta que se desvaneció, fue entonces que compró un antifaz para dormir; se trataba de la solución perfecta, si no podía ver, no sabría qué estaba del otro lado. Sin embargo, como pasó con Luis, también escuchó lo mismo: el llanto y la súplica; el dolor y el miedo.

Llegan al final. Se trata de la pista arcoiris. Es la pista esperada. Este circuito es el más largo, pero el más fácil, en apariencia, de toda la saga. Se trata de un sendero en el cual la pista es un arcoiris en donde al fondo se dibujan, con las estrellas, la silueta de los personajes del juego. Tanto a Luis como a Ernesto les encanta ver el cielo y las estrellas, pensar en qué habrá más allá, en la inmensidad del universo. Ambos comparten el gusto por la ufología y se sienten orgullosos de ser originarios de un lugar en el que se ha dado uno de los fenómenos de alta extrañeza más importantes de la región: la aparición de los famosos monitos de Meoqui, unos seres diminutos que salieron de la tierra y tuvieron contacto con unos niños, que se vieron expuestos a radiación y quemaduras, demostrando que estos seres eran entidades biológicas extraterrestres. Los dos atesoran recortes de periódico de aquel suceso, pues sus padres lo guardaron porque se trató de una noticia de alcance nacional, ocupando las primeras planas durante un par de semanas, colocando a la ciudad en el ojo público. Muchos compartieron el interés, sumándose a la investigación, aportando datos y explicaciones científicas para demostrar que era imposible que algún animal causara ese daño y que los niños no podrían haberse puesto de acuerdo para contar la misma mentira y dibujar a las mismas criaturas, demostrando que era cierto, que lo vivieron. Aunque muchos otros desacreditaron a los periodistas que se interesaron por este hecho y acusaron a

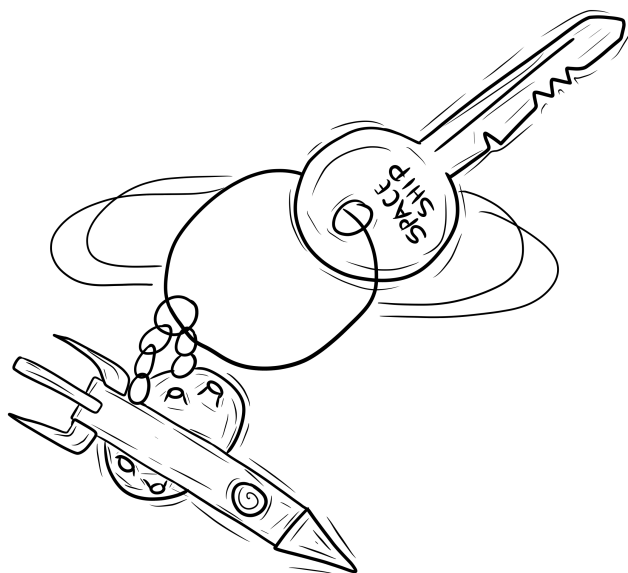
los medios de sensacionalistas por creerle a unos niños que mentían. Luis y Ernesto hubieran deseado ser esos niños y poder tener contacto con seres de otros planetas. Por eso les gusta la pista arcoiris.

— Ya te gané — sentencia Luis. Va en primer lugar. Lleva bastante ventaja.

— Ahorita vas a ver que no — amenaza Ernesto.

Ya cerca del final, cuando Luis está por ganar, Ernesto lanza el caparazón azul. Este caparazón, a diferencia de los otros, destruye todo lo que está a su paso y golpea al corredor que va en primer lugar, dejándolo varado unos segundos, que sirven para que los demás corredores tomen ventaja.

Ernesto gana la carrera. Luis se siente triste, quizá si hubiera escogido a Luigi hubiera ganado. Apagan la consola y se van a la sala. Ernesto se sienta en el sillón más grande y dice que reposará un momento antes de irse a su casa, en donde su mamá y su papá lo esperan para la cena, sin embargo, caminará por las laderas del río y una voz lo seducirá para acercarse al agua y lo encontrarán muerto a la mañana siguiente, con los ojos en blanco y la piel pálida, como siempre pasa con las víctimas de la Llorona. No podrá contarle a Luis cómo es esa criatura, decirle que tiene la lengua larga y afilada, que tiene los dientes amarillos y puntiagudos, que huele tan dulce como su abuela, ni que su rostro es una masa deforme que apenas parece una cara, porque los ojos son blanquecinos y la nariz, casi inexistente, parece mostrar parte de su cráneo. Por su parte, Luis esperará a que su mamá llegue de la maquila, pero la mujer será víctima de un comando armado que atacará una casa de seguridad por la que ella iba pasando, siendo víctima del fuego cruzado. Ambas muertes resultarán atroces y Luis no sabrá cuál le dará más miedo.



HOUSTON, TENEMOS UN PROBLEMA

Ese amanecer escuché un gran estruendo y pensé que el Cielo se caía. Aquello no podía ser otra cosa más que extraterrestres. Unas semanas antes los periódicos anunciaron que un gran cometa orbitaría la tierra e imaginé lo peor. Supuse que el cometa dejaría tras de sí un meteorito que se fragmentaría en un montón de piedras. Salí de la cama enfundado en mi pijama de dinosaurios y me asomé por la ventana para ver el cielo y saber qué ocasionaba el ruido. Una vez escuché a un profesor decir que si uno ponía mucha atención podría ver los pedazos de rocas espaciales recorrer el cielo, pero no vi nada. En el periódico decía que los inves-

tigadores esperaban que el cometa recorriera la órbita de la tierra durante un mes.

El ruido se repitió casi al instante. Imaginé la colisión de cuerpos espaciales contra la luna y casi pude verla caer en pedacitos golpeando todo a su paso. Una pequeña piedra lunar atravesando la ventana; otra cayendo sobre el automóvil del vecino; una cayendo sobre el techo de la casa o en el jardín, sobre los insectos que de ahora en adelante serían recordados como aquellos a los que un meteorito aniquiló en una segunda o tercera extinción; ignoramos si antes de los dinosaurios alguna otra especie murió. Luego escuché otros golpes apenas perceptibles que me recordaron a la lluvia. Aunque el cielo estaba despejado, el sol comenzaba a anunciarse detrás de las montañas y en los periódicos no pronosticaron lluvias.

Una vez que descarté la idea del cometa, y después de ver a un compañero de la escuela correr frente a mi calle, pensé en que los niños de la casa de enseguida arrojaban piedras. Salí de mi habitación decidido a acusarlos con mi madre, plantarme frente a ella y decirle: «Mamá, los vecinos están molestando otra vez». Pero no lo hice. Apenas salí de la habitación escuché el potente sonido de la nueva radio que papá le regaló a mamá un par de días antes. El locutor anunciaba un nuevo sabor de refresco. «Prueba el ponche de fruta: una mezcla de sabor y diversión». A mamá le gustaba poner la radio a todo volumen mientras preparaba el desayuno. Tras desistir de la misión, me senté en la sala mientras imaginaba que bebía aquel ponche que prometía desplazar a los refrescos tradicionales. Para mí algo tan sencillo consistía una verdadera revolución. ¿A quién se le ocurrió la fabulosa idea de hacer un refresco con sabor a ponche de frutas que, además, tenía en la etiqueta estampitas de astronautas? Sin duda, nada podía competir contra eso.

Años antes, una nave espacial llegó por primera vez a la luna. Ese día el mundo entero se detuvo: las escuelas suspendieron las clases, las oficinas de gobierno no tuvieron actividad y en la televisión y la radio mantenían al tanto de los primeros pasos de un tal Armstrong en la luna. Era la misión del siglo, el paso más importante para la humanidad. Pero todavía un par de años antes, dijo mamá, ya habían mandado una nave al espacio. Los soviéticos — unos hombres que ella admiraba y a los que papá tachaba de locos — mandaron a una perrita a que conociera el espacio. Le dijeron que la luna era una pelota y la lanzaron a perseguirla, pero no regresó, aunque los periódicos informaron que sí. Sin embargo, al pasar los años se supo que la pobre perrita murió apenas un par de horas después del despegue.

En el desayuno le pregunté a papá sobre la noticia del cometa. En lugar de responderme, solamente me dijo que llevaba el nombre de un científico muy famoso que cambió la fabricación de jabones por la observación de estrellas. Yo esa mañana hice lo mismo que el señor Halley. Me dediqué a ver el cielo y me olvidé por completo de la barra de jabón que reposaba en el baño. Me pregunté, mientras comía el primer bocado, cómo era posible que un hombre que nació hace tantísimos años pudiera darse cuenta de que un cometa iba a pasar justo hoy frente a mi ventana. Pensé que yo también podría pronosticar algo: decir, por ejemplo, que dentro de veinte años un niño encontraría dinero afuera de su casa o que algún día las personas vivirían en el espacio; adivinar que en veinte años unos hombres tocarían a mi puerta para entregarme un millón de dólares o que alguno de los vecinos se ganaría un carro mientras otro perdería el suyo en un accidente.

Papá también me contó sobre un hombre, un escritor norteamericano muy famoso, que nació en el siglo pasado, cuando el cometa atravesó el cielo. Semanas antes declaró

que si llegó al mundo con el cometa, esperaba irse con él. Así fue. Apenas unos días antes murió. No dejó escrita ninguna carta de despedida y en sus libros nunca habló sobre cometas ni cosas que caen del cielo, sólo lo dijo como se dicen los misterios más grandes del universo, aquellos que al parecer únicamente unos cuantos pueden conocer, y se murió con el mismo cometa que cruzó el cielo el día de su nacimiento.

Luego papá ya no dijo nada y se dedicó a comer. Desayunaba un pan tostado con un huevo revuelto. Bebía café, no el nuevo jugo de ponche de frutas. En su lonchera del trabajo, que estaba recién lavada sobre la mesa del comedor, no tenía estampitas de astronautas ni su nombre escrito, como en mi lonchera. Era domingo, el día para descansar; mi mochila reposaba en el buró, al lado del Nintendo, un juego que acababa de salir al mercado, y que mi tío trajo del otro lado.

La radio sonaba fuerte haciéndonos guardar silencio. Ya no se escuchaba música ni más anuncios. Ahora el locutor comentaba la noticia de que un grupo de hombres declaró que el alunizaje en realidad fue filmado en un estudio cinematográfico en alguna ciudad que no aprendí a pronunciar, allá, en Estados Unidos. Todo pasaba en ese lugar: las canciones hablaban de ese lugar, las películas pasaban en ese lugar, la gente hablaba como en ese lugar. A veces les decía a mis padres que mejor deberíamos vivir en los famosos Estados Unidos, en «el otro lado», como decía mi tío. Pero ellos sólo se reían, negaban con la cabeza o me decían que sí, que algún día.

El locutor insistió.

—Nos han mentido. El alunizaje ha sido un fraude. Se trata solamente de una mentira. Pero, para ser sincero, quizá sea la mentira más bonita que haya escuchado.

Mamá se dirigió a papá.

— Ves, Rodolfo, te dije que esos gringos no traían nada bueno entre manos. Ahora resulta que ni siquiera llegaron a la luna. Ya lo sabía, son unos estafadores — gruñó.

— Pero qué dices, mujer — contestó papá —, esos locos de seguro sólo andan inventando cosas para desprestigiar los avances tecnológicos que hemos logrado.

Papá dijo «hemos logrado» como si él también fuera un científico. Lo imaginé vestido con una bata blanca que llegaba hasta el piso y con unos lentes enormes, que hacían sus ojos diminutos, mientras decía cosas que yo no podía entender. Hablar sobre el espacio, los cohetes y los misterios de la ciencia. Ser un científico como los de la televisión.

Mamá se giró indignada.

— No le creas, esos gringos no son buenos — me dijo.

Papá intervino.

— Mujer, no estés metiéndole tus ideas al niño.

— Ni tú las tuyas.

La discusión, que amenazaba con extenderse como siempre que hablaban del espacio o sobre esas personas a las que les decían «gringos» y «soviéticos», terminó cuando un ruido desconocido llegó desde afuera de la casa. Si no se trataba de rocas lunares, meteoros, cometas o niños arrojando piedras contra la casa, entonces probablemente se trataba de los soviéticos o los norteamericanos, que mis padres tanto mencionaban, pero por la mirada que mamá le echaba a mi padre, lo descarté. Aquella mirada más bien era la misma que tenía cuando yo regresaba sucio después de jugar o cuando perdía alguna de mis cosas más preciadas en la escuela.

El sonido de nueva cuenta nos distrajo. Ellos miraron por la ventana, con un gesto extraño, mientras parecían meditar unas palabras que nunca dijeron. Yo pensé que quizá se trataba de algo más. ¡Qué tal si el cielo se estaba cayendo! Me asusté. También pensé que tal vez lo que los astrónomos

vieron en el cielo no era un cometa, sino una nave espacial desconocida que circundaba la tierra para preparar una invasión alienígena y conquistarnos, así como en una de las películas favoritas de papá, en donde unas naves llegan y comienzan a luchar contra los soldados y a conquistar ciudades completas.

Asustado, corrí a la puerta del jardín para cerciorarme, porque desde ahí podría ver el cielo y comprobar cuántas naves volaban alrededor de la casa. Una vez que tuviera la cifra, podría prepararme para la batalla y armar todo un ejército de juguetes. Les llamaría a mis amigos y juntos podríamos enfrentarlos. No podía ser tan difícil. En las películas que papá veía, siempre ganaban los buenos y, por supuesto, nosotros éramos los buenos.

En la sala, la televisión estaba encendida. En la pantalla, a blanco y negro, transmitían de nueva cuenta una de las películas favoritas de mi padre, en donde un luchador enmascarado peleaba contra unos extraterrestres grises. Entendí que los extraterrestres grises estaban tan aburridos que la única forma de distraerse era conquistando planetas. Los verdes, en cambio, se ocupaban de otras cosas menos complicadas: tal vez ellos eran actores de películas de acción, locutores de radio o tenían jardines tan hermosos y verdes como su piel.

Mamá solía burlarse de papá. Siempre que lo veía leer libros de ciencia ficción o lo descubría viendo películas sobre el espacio, con carros voladores, armas láser y todas esas cosas, decía:

— Tu padre cree en los alienígenas, pero nunca creyó en la buena fe de los soviéticos.

Lo cierto es que tal vez sus conocimientos espaciales serían útiles, sobre todo ahora que estábamos a punto de sufrir una invasión. No sé si el señor Halley también haya dicho algo sobre naves o platillos voladores, o solamente

se haya dedicado a bautizar cosas que veía por el telescopio, aquellas piedras que volaban a la deriva en el universo. Quizá bautizó, sin querer, a algún marciano. Los habitantes del planeta rojo seguramente tendrían nombres rarísimos. A lo mejor el señor Halley le puso a uno el nombre de sus padres o le puso Micifuz o Bepo o Marimba. Yo le hubiera dado mi nombre para saber que alguien más como yo, lejísimos de casa, también habita el universo.

La invasión comenzó. En la televisión, El Santo decía que él sólo pretendía cuidar a todos los humanos. Yo, armado con el conocimiento de mi padre, un balón de futbol como proyectil y todos mis juguetes, también quería cuidar a los humanos. En la radio, el locutor hablaba sobre un presidente municipal de un poblado cercano a la capital que afirmaba haber visto un objeto volador no identificado cerca de su rancho. Días después ya no supieron nada de él y nunca apareció. Toda la policía lo estaba buscando por todos lados y nomás no aparecía. Ahora su hermano era el que ocupaba su lugar y decía estar muy preocupado, pero contento; inclusive, dentro de su felicidad, pensó que su hermano ya estaba en un mejor lugar y le pidió a la policía que dejara de buscarlo. Total, si eran hermanos, lo mismo daba quién estuviera en ese puesto.

Yo no tenía hermanos y mi mamá nunca me decía cuándo tendría uno. Se limitaba a decirme que jugara con mis primos y mis amigos de la primaria. Aunque Joaquín, uno de ellos, me decía que qué alivio era no tener un hermano. Él se la pasaba peleando con el suyo. Era más grande y nunca lo dejaba jugar.

El ruido regresó, sacándome de mis pensamientos, y corrí a la ventana. Cuando me asomé, vi el cielo limpio, pero sobre la calle estaban otra vez los vecinos. Corrían asustados. Escuché el rechinar de unas llantas. Pensé que tal vez estaban huyendo al ver las naves en el cielo. Quizá nunca

volvería a verlos, como al presidente municipal, o como al hijo de la vecina, que un día salió a la tienda y nunca regresó. Pero por más que volteaba al cielo, no podía ver nada.

—Papá, ¿de qué color son los marcianos? —le pregunté asustado.

Quizá, si es que eran invisibles, no podría verlos nunca. Bajo la escalera, en un pequeño cuarto, mamá guardaba unos botes de pintura. En la televisión vi que si a alguien invisible le arrojas pintura, deja de ser invisible, porque ahora será del color de la pintura. Papá no respondió.

—Papá, ¿de qué color son los marcianos?

El Santo seguía luchando contra los extraterrestres y entonces me preguntaba qué colores se ocultaban detrás de aquellas capas grises de la televisión. ¿En verdad existía un mundo sin color que solamente estaba en blanco y negro? Inclusive los árboles eran grises. Sin embargo, en el patio los árboles eran verdísimos.

—¿Son azules o son verdes? —insistí.

—No, Fernando, los marcianos no son azules ni verdes, son grises —respondió papá.

Tras quedarme de pie un momento, volteó y me sonrió. Cambió su gesto adusto y ahora con ternura me dijo que son de todos los colores, porque hay extraterrestres que vienen de Marte, otros de Saturno y algunos más de otras galaxias lejanas.

Los ruidos siguieron: parecía que alguien llamaba a la puerta, pero los golpes eran apenas perceptibles. Me acerqué a la puerta y abrí despacio, guardando precaución por si se trataba de una extraterrestre, pero para mi sorpresa un gato negro se escabulló dentro de la casa. Enseguida se dirigió a donde estaba papá para restregarse contra sus piernas y luego se recostó frente a sus pies. Papá lo tomó para sacarlo de la casa. Lo dejó en el patio mientras el gato comenzaba

a maullar cerca de la puerta. Papá se llevó la mano a la frente y la deslizó por su cabello, como si lo peinara.

Papá y mamá no sabían que allá del otro lado del mundo una lluvia de bombas destrozaba todo un poblado y un avión de un país del primer mundo pretendía adueñarse de la mayor cantidad de países posibles. Nosotros fuimos afortunados y sólo recibimos la visita de un gato. Aunque quizá era un gato alienígena que maullaba en un lenguaje extraño. A mamá le hubiera gustado que nos visitara Laika. A papá, en cambio, le hubiera gustado que los gatos conquistaran el espacio. Cualquiera menos los soviéticos.

—Mujer, un gato está en el patio —gritó papá—, ¿qué hacemos?

Intentando no delatarme, ya que desde semanas atrás me encargaba de alimentarlo secretamente, traté de hablar con papá sobre la película que se reproducía en la televisión. Así el gato podría huir o sino tendría el tiempo suficiente para encontrar un nombre con el cual bautizarlo y hacer que viviera con nosotros. En la televisión, el luchador manejaba un vehículo descapotable a toda velocidad por las calles de una ciudad. En otra escena, unas mujeres muy guapas, en diminutos trajes plateados, planeaban conquistar el mundo. Yo, como El Santo, quería ser el defensor de todos los gatos.

—¿Y entonces El Santo podrá vencerlas? —pregunté.

Mamá, que se acercaba a la puerta, soltó una ligera carcajada.

—El Santo siempre les gana a todos, así como los gringos, ¿verdad, Rodolfo?

—Sí, así como los gringos —respondió papá. Torció la boca. Luego se dirigió a mí—. El Santo es el mejor héroe que existe: mucho mejor que Superman —finalizó con la voz llena de ilusión.

El gato se mantuvo en el umbral. Papá volvió a abrir la puerta luego de que el gato la arañara con la fuerza de un ser alienígena. Entonces terminé por darme cuenta de que el ruido del cielo cayéndose era en realidad el de las patas de aquel felino que se paseaba por el techo con la furia de un animal extraterrestre. El gato miraba al techo de la casa como buscando volver a su hogar. Recordé la película en donde un extraterrestre pedía ir a su hogar y extendía su dedo mientras llamaba a casa. Aquel gato era grande, como una pantera, y únicamente se limitó a contener su furia felina y agitar su cola. Traté de convencer a mis padres para que lo adoptaran. Siempre quise un gato marciano.

—Pobre —dije—, de seguro tiene hambre y mucho miedo. En el periódico leí que un gran cometa orbitaría la tierra. Tal vez está asustado por eso.

No sé qué tenía que ver una cosa con la otra, pero me pareció el mejor pretexto del mundo. Mi madre sonrió y dijo que sería buena idea colocarle una casa en el patio. Papá se negó rotundamente, pero mamá, con una mirada, lo hizo cambiar de parecer.

—Está bien —dijo—, ¿y cómo quieres que se llame? —me preguntó mientras movía la cabeza de un lado al otro: viéndome a mí y luego al gato, como si buscara similitudes.

—Mmm, no sé, quiero que se llame como tú —dije, como si fuera la mejor idea que se me hubiera ocurrido, pensando que así a papá no le daría por echarlo a la calle.

Mi padre sólo apretó los labios e hizo un sonido raro, como si evitara un estornudo.

—Un gato no se puede llamar como yo, porque cuando alguien grite mi nombre, iremos los dos y no queremos eso, ¿verdad? —respondió mientras volteaba a ver a mamá con los ojos abiertos esperando la respuesta.

Ella negó con la cabeza. Yo me quedé pensando.

—Se puede llamar Bruno Díaz, como Batman.

Papá lo pensó por un momento. En una pequeña estantería mi padre coleccionaba las historietas de El Santo que compraba cada quincena. A un lado estaban algunas historietas de Batman y de Iron Man. Mi padre sabía que el dinero era el mejor súper poder. Pero dijo que no.

— Ya sé — agregó en un impulso de orgullo lunar —, se va a llamar Apolo, ¿te parece?

— ¡Sí! —grité emocionado, sin siquiera saber de dónde venía el nombre.

Fui a donde estaba el gato y lo tomé entre mis brazos para acariciarlo. Dejé de pensar en cometas y alienígenas. Pensé en la belleza contenida en su pequeño cuerpo. Me olvidé de las invasiones y las guerras.

— Tú te vas a llamar Apolo — le dije emocionado, con el pecho lleno de orgullo.

El gato pareció obedecer y en sus ojos resplandeció el universo. Su pelaje negro me recordó a los gatos de la televisión que acompañaban a las brujas. Seguramente con su compañía estaría listo para las próximas lluvias de meteoros, cometas o cualquier invasión espacial. En la televisión, lejos de las películas de superhéroes, se comenzaba a gestar una conquista organizada por algunos alienígenas de una galaxia lejana, o al menos eso decía un señor que aparecía sentado en un escritorio todas las tardes. La realidad era que los presentadores de televisión querían dominar el mundo, pero nadie reparaba en ello, por eso Apolo no me dejaba ver televisión, siempre terminaba recostándose sobre mi regazo o parándose frente a la pantalla, y entonces mis padres preferían escuchar la radio. Sin embargo, papá a veces escapaba de los ojos de mamá para ver algunas películas de ciencia ficción.

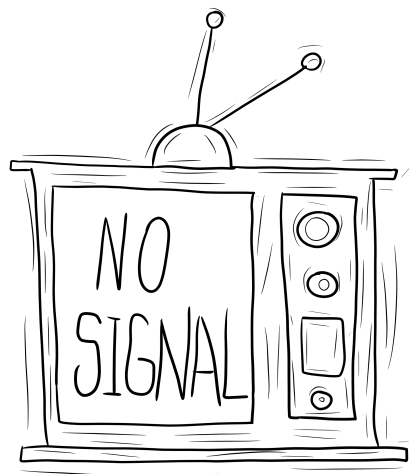
— Apolo — volví a decir —, qué bonito nombre.

A mi madre no le gustó mucho. Al principio insistió en que se lo cambiara. Yo decidí que no, porque no me gustan

los nombres rusos, nunca he sido bueno para pronunciarlos. De seguro ella quería que mi gato se llamara Yuri, Mijaíl, Vladimir o uno de esos complicados nombres larguísimos. En cambio, Apolo era un buen nombre; fácil de pronunciar y hermoso al oído. Me gustó la forma en que sonaba. Me recordaba al nombre de todas las cosas bonitas que conocía. Apolo. Así cuando mi gato se paseara por encima de los sillones o los muebles, yo le podría gritar:

— Bájate de ahí, Apolo.

Él de inmediato se bajaría como si estuviera en pleno alunizaje. Cada vez que diera un paso, resonaría en mi cabeza «Este es un pequeño paso para un gato, pero un enorme salto para toda la comunidad gatuna».



ZAPPING

Me preocupa el televisor. Da imágenes distorsionadas últimamente. Las caras se alargan de manera ridícula, o se acortan, tiemblan indistintamente, hasta volverse un juego monstruoso de rostros inventados, rayas, luces y sombras como en una pesadilla.

JAIME SABINES



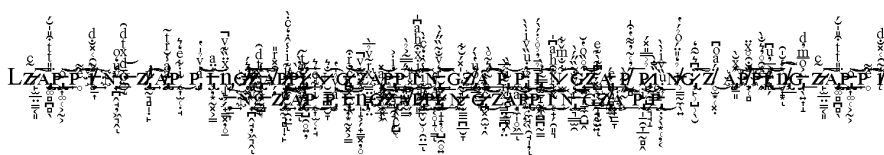
Emilio enciende la televisión y se acuerda de su infancia. No recuerda las guerras ni los muertos. Piensa en que aquellos años fueron buenos. Sin embargo, ahora sabe que las cosas han sido iguales desde que nació: el país ha atravesado por levantamientos armados de guerrilleros que recuerdan con nostalgia la revolución; guerras civiles establecidas por tres francos, entre los militares, los grupos del crimen organizado y la población, en donde la sociedad se sabía derrotada de antemano, anticipando la complicidad de los primeros dos y confirmándola con juicios posteriores de miembros del gabinete presidencial; tres o cuatro crisis económicas, una de ellas llevando a la devaluación de la moneda nacional y dando pie a una estrategia para ocultarlo creando una nueva moneda, simplemente bautizada bajo el nombre de nuevos pesos, que reemplazaba a la anterior y le restaba un par de ceros.

Además, se dio cuenta muchos años después, de que también sucedieron una serie de fraudes fraguados desde el poder y filtrados por los medios de comunicación, dejando en claro que las televisoras y los grandes periódicos chantajeaban y presionaban con la información que llegaba hasta ellos, revelando cómo desde el poder se beneficiaba a los familiares o amigos de los gobernantes con concesiones multimillonarias: ya fuera desde construcciones de infraestructura pública a precios exagerados; regalar puestos de poder en las universidades, que muchísimo tiempo atrás perdieron la autonomía de la que tanto se jactaban, siendo una plataforma más de los políticos; crear editoriales fantasmas para producir libros que nunca veían la luz, con tirajes inmensos que, por supuesto, se pagaban a las imprentas de los amigos de los gobernantes; hasta montar obras teatrales en empresas privadas que pagaban míseros sueldos a los actores, pero cobraban cifras millonarias a los encargados de cultura.

Nada había cambiado. ¿En qué año ocurrieron todas esas cosas? No importaba porque seguían sucediendo una y otra vez. Era una terrible pesadilla, tal vez la peor que Emilio se hubiera imaginado, porque era tan real que resultaba atroz. Pero frente a la televisión esas cosas no importaban. Importaba apagar la cabeza un momento y darle rienda suelta a la carcajada y la lágrima para la purificación del alma. Aristóteles hubiera sido incapaz de imaginar que la catarsis se daría de una forma tan vulgar. ¿Dónde quedaban las grandes tragedias del hombre contra los dioses, el destino o la propia humanidad? Pues justo ahí, en la televisión, en los programas melodramáticos o las comedias del pastelazo.

Alguna vez El Tigre, dueño del monopolio de Televisa, que controlaba el contenido televisivo de casi toda Latinoamérica, dijo que México era un país de gente jodida que no iba a salir de jodida. Siendo uno de los hombres más ricos del mundo sabía que la meritocracia es una falacia y que los grandes capitales siempre se conservarán en familias adineradas y de renombre para así mantener el estatus. Además, en cada entrevista apuntaba que su trabajo era necesario, pues para la televisión era una obligación llevar diversión a esa gente jodida para sacarla de la pinche realidad tan triste en la que el futuro resulta incierto.

Emilio imagina a Cristo y se pregunta qué pensaría el Nazareno al saber que aquella también es una forma de purgar los pecados.



Emilio enciende la televisión. Se escucha el ruido de la estática. La luz parece dibujar una estrella. ¿Acaso eso vieron en el cielo los reyes magos? Emilio piensa en todas las estrellas, sobre todo porque un maestro le dijo en alguna ocasión

que las estrellas, en su mayoría, ya están muertas, y sólo nos llega la luz de su agonía. Dicen que la luz llega desde tan lejos que vivimos en el pasado. Por ejemplo, la luz del sol tarda ocho minutos en llegar a nosotros. ¿A qué distancia tienen que estar las estrellas para que incluso muertas sigan resplandeciendo? Piensa en las estrellas televisivas, que también están muertas por dentro, pero tienen que seguir brillando.

La televisión muestra un fondo gris lleno de puntos de colores. Emilio piensa en si el ruido se ve así, como esos puntos sucios que desenfocan la imagen; piensa en que el ruido se puede ver como aquella postal tan icónica del Time Square. Quizá Tokio es igual a Nueva York pero con muchos colores chillantes, dibujos de anime y música kawaii. Con sólo observar una foto le basta para escuchar el bullicio. Pero el sonido que desprende la bocina del televisor simula el de la lluvia y Emilio descansa. Prefiere la lluvia al bullicio. Incluso imagina que está lloviendo y siente la brisa correr. La televisión mantiene la estática.

Emilio recuerda la emoción que le producía ese ruido cuando encendía las máquinas de arcade de la tienda que estaba a dos cuadras de su casa y que solía visitar a escondidas después de la primaria. También recuerda cuando prendía el televisor para conectar su consola de videojuegos. Eso fue cuando se graduó de la primaria. Era un Súper Nintendo, aunque estaba de moda el Nintendo 64, y comenzaban los rumores del Game Cube. En aquel entonces jugaba *Super Mario World*. Era su videojuego favorito. Se trataba de las aventuras del fontanero en un mundo dominado por dinosaurios de colores. Ahí descubrió los primeros «easter eggs» y ni siquiera sabía que se llamaban así; él les decía «secretos». Por ejemplo, un camino secreto de estrellas que a la vez tenía una salida oculta para ir desbloqueando un camino que llevaba a niveles imposibles

de jugar, con dinámicas que sorprendían por su dificultad o sus paisajes. Ahí, al final, estaban una serie de monedas dispuestas antes de la meta que felicitaban al jugar. *You are a super player*. Pero Emilio ahora se limita a buscar qué ver.



Al encender la televisión se encuentra con un canal de videos musicales. Bandamax. Recuerda la primera vez que fue a un motel y encendió la televisión. Era una manera de llenar de ruido el cuarto para ocultar la pena. Contrario a lo que esperaba, en la televisión no pasaban alguna escena erótica, sino que se encontró con una fila de hombres ataviados en los mismos trajes coloridos, que cantaban una historia de amor mientras la tuba sonaba de fondo haciendo retumbar las bocinas. Aunque cuando tomó el control para ver qué más había, al segundo o tercer canal se encontró con una película para adultos. Cambió el canal y regresó a la música.

Esta vez sabe que no se encontrará con esos canales porque son adicionales y sólo se consiguen pagando el paquete «adultos divertidos» o con pago por evento, además nadie paga por ese tipo de contenido cuando existe Internet. Ahora se trata únicamente de un canal de videos musicales. Pero es de música norteña.

En la pantalla se ve a un hombre viejo, regordete, enfundado en pantalones de mezclilla y camisa vaquera: entra a la sala de una casa, en donde una mujer joven está sentada en el sillón más grande. Afuera, el paisaje muestra lo que parece un pueblo del norte del país.

—Vieja, vieja, mira, compré tres boletos de lotería: uno para ti, uno para mí y otro para tu madre —dice el hombre con entusiasmo.

— ¿Y por qué para mi mamá? — pregunta la mujer, extrañada.

— Pues es que así tenemos más oportunidades de pegarle al gordo. Así, si ganamos, pues chingo yo, chingas tú y chinga tu madre.

La música se arranca. Un acordeón y un bajosexta. Emilio se ríe. Le divierte la anécdota aunque no le guste la canción. Luego sale a pantalla una mujer con un sombrero rosa lleno de diamantina. Dice que es la hora de los clásicos y escuchar aquellas canciones que nos traen recuerdos de los tiempos mejores.

Otro video.

Ahora le toca el turno al viejo Paulino; el gran Julián Garza, piensa Emilio, que conoce al personaje con el que juega el compositor para hacer despliegue de su capacidad de llevar el humor y el doble sentido a la música.

Iba montando en su cuaco, lo acompañaba su perro, se empinaba la botella, recordaba aquel su encierro. Le informaron que en su casa casi a diario había un entierro. Nomás pensaba y pensaba, no se explicaba el asunto, otro trago se aventaba, regresaba al mismo punto: ¿cómo es que había tanto entierro si no había ningún difunto?

La canción finaliza con una escena grotesca. El viejo Paulino canta que cercenó los genitales del hombre para alimentar a su mascota. ¿Cuántas historias así habrán sucedido en la realidad? Siempre corren como leyendas urbanas historias de mujeres que sorprenden a sus esposos con amantes y la venganza consiste en mutilarlos. Detrás de este acto se encuentra una justicia retorcida. Ya lo cantó Paquita la del Barrio: o se componen o los capamos.

Otro video.

Una troca llega a una casa, un hombre baja de ella, armado, y entra al lugar. La esposa está con el amante en la habitación principal. El ayudante del hombre va a donde están

los amantes y advierte de la llegada del patrón. El hombre que llegó escucha ruidos por toda la casa. Sospecha. En la cama, la mujer yace desnuda, buscando la acción que justifique su desnudez: entonces comienza a revolver la ropa como si estuviera por tomar un baño. El amante se viste apresurado y huye por la ventana. El esposo sube rápido a la habitación y al abrir encuentra a su mujer tendida sobre la cama. La ventana está abierta. Se asoma y ve a un hombre correr. El paisaje podría ser cualquier pueblo del norte de México.

—Cobarde, ¿por qué corres? —le grita.

—Porque volar no puedo —responde con cinismo.

El hombre llega a su casa. Entra a su recámara y su mujer le pregunta por qué está sudado y él le dice que porque lo venían siguiendo unos perros. Después del susto, la mujer le pide intimar.

Entonces el hombre canta su triste pena.

Ay, qué sorpresa, compadre, cuando encuerado me vi: se me doblaron las piernas, se me quitaron las ganas, se me secó la garganta, se me hizo la piel de rana; y es que en las prisas me puse los calzones de la dama.

Emilio piensa en la infidelidad del vecino. Todo mundo lo ha visto con otra mujer, aunque su esposa se esfuerce en justificarlo porque su relación es lo único que tiene y no duda en aferrarse a ello. Se lamenta. Sin duda, podría encontrar algo mejor.

Cambia de canal.



Antes MTV era un referente de la música y los videos musicales. Su nombre es Music Television, aunque hace mucho

dejaron de ser un canal musical para ser un canal dedicado a los reality show absurdos.

México, tratando de imitar, dentro de la televisión de paga y de la mano de Televisa, lanzó Telehit. Emilio recuerda que en uno de los programas, Claudio Rodríguez hablaba de música rock y en otro Kristoff hacía lo suyo con el cine. Al final, la última vez que vio algo en ese canal, Radamés de Jesús gritaba y celebraba un chiste mientras el Borrego Nava lanzaba confeti al viento.

—¡Casasola, Casasola, Casasola!

El humor simplísimo del pastelazo no murió con la llegada del nuevo siglo.

Emilio no encuentra Telehit y una breve nostalgia lo invade, pensando en la música mexicana, en las bandas que escuchó en su juventud, en toda la ola de rock en tu idioma de la que después se decepcionaría al darse cuenta de que era un asunto de marketing.

Pero se detiene a recordar las canciones que su padre cantaba. Los corridos de caballos. Los corridos revolucionarios. Los corridos prohibidos. Las baladas. Esas canciones tristísimas en donde a media melodía el cantante recitaba un poema. La nostalgia acumulada en los oídos y en la voz.

Recuerda que una vez descubrió a su padre cantando una canción de Control Machete. En otra ocasión lo sorprendió traduciendo la letra de «Imagine» de John Lennon como un ejercicio para fortalecer su inglés. Emilio repasa la lista de cantantes y grupos. Mi Banda El Mexicano, Bronco, Carlos Gardel, Antonio Aguilar, José Alfredo Jiménez, Chava Flores, Tin Tan, Óscar Chávez, Piporro, Café Tacvba, Maná.

Cambia de canal.



Ahora en la pantalla hay un canal de historia. Un documental sobre los dinosaurios. Emilio recuerda que decían que el meteorito que acabó con ellos se estrelló en Yucatán. ¿Cuántos millones de años vivieron? Los dinosaurios no convivieron con los humanos y ni siquiera sabemos cómo eran en realidad. ¿Y si ellos eran los verdaderos habitantes de la tierra? Nosotros fuimos un accidente. Nacimos de los restos de los dinosaurios. Y si los dinosaurios fueron la primera creación de Dios, ¿en verdad Dios nos hizo a su imagen y semejanza?

Otro documental. Ahora sobre los narcotraficantes. México es uno de los países con más altos índices de violencia a causa del tráfico de drogas y actividades criminales derivadas de esta acción, como lo son el tráfico de armas, el secuestro, el robo, la extorsión, la trata de blancas, el control de sembradíos, el robo de tierras, el sicariato. Los niños ya no aspiran a ser policías ni sueñan con ser astronautas, ahora dicen que quieren ser unos chingones, como sus conocidos que trabajan para el narco. En el documental también dicen que los cocineros no consumen lo que cocinan: ellos saben la cantidad de sustancias químicas perjudiciales y chingaderas que el producto tiene. ¿Sienten remordimiento? A veces. Pero ganan millones de dólares al año. Si lloran, van a llorar en sus carros de lujo: «pendejos los que la consuman», piensan para justificarse. ¿Los sicarios tienen códigos de honor? Sí. El patrón les enseñó que no deben matar a civiles, nomás a los contras. El patrón les enseñó que hay que chingar a los que andan robando, extorsionando, secuestrando. Y ellos se sienten justicieros. ¿Qué responderían los sicarios del cártel contrario?

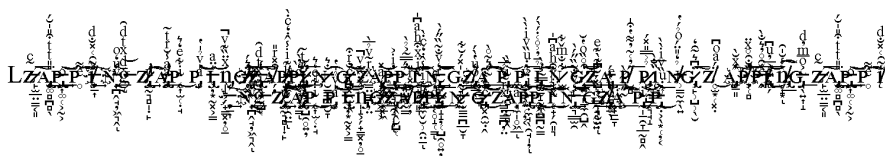
Otro documental. Ahora es sobre extraterrestres y ovnis. Los avistamientos de naves extraterrestres están ligados con nuestro desarrollo como civilización, porque somos como una granja de hormigas que está siendo monitoreada por

seres superiores. Los dioses de la antigüedad no son sino extraterrestres.

Otro documental. Sobre el origen del mundo: el Big Bang es el origen de todas las cosas; la explosión primigenia; el orgasmo de Dios.

Otro documental. Sobre el fin del mundo: el apocalipsis y los siete sellos y los cuatro jinetes y los textos de Juan y la bestia y el dragón y el mundo en llamas. Las señales: guerras, plagas, pandemias. Las personas: los presidentes que controlan el mundo y están al servicio de la Bestia; también hablan de la llegada del Papa negro al Vaticano y las redes de pedofilia que hay al interior de la institución religiosa

Emilio cambia de canal.



Dibujos animados: una familia amarilla que vive el estilo de vida americano en su máxima expresión; un perro extremadamente miedoso y de color rosa que se enfrenta a monstruos y alienígenas; un grupo de niños que buscan obtener dinero a través de estafas para comprar caramelos; una vaca y un pollito que fueron adoptados por una familia poco convencional; un hombre rubio de copete impresionante que va en la vida tratando de ligarse a cuanta mujer pueda.

Emilio reconoce los chistes subidos de tono de las caricaturas que vio en su infancia. «Oye, Ed, ¿quieres queso badongas?». Se recuerda de niño y lo que le preguntaban los adultos.

—¿Qué quieres ser de grande? —le interrogaban.

—Un astronauta, un arqueólogo, un policía, un científico —respondía.

Sigue preguntándose qué quiere ser de grande aunque ya sea grande y los años le pesen en la espalda.

— Pues saqué mi pistola y mi cuchillo. Puse el cuchillo en el mero centro del cañón, le tiré el plomazo, la bala se partió en dos y cuerda, les di entre ceja y ceja.

— ¿A los dos? — Atenógenes vuelve a preguntar entre risas.

— Bueno, a uno de ellos le pegué en el ojo. Vieras la llovería del pelado. Como nomás un ojo le quedó, en lugar de lágrima le salía chorrito.

La cantina es un bullicio.

— Y eso no es todo, al ruido del balazo se despertó la manada de dinosaurios.

— Puras papas cuentas tú, hombre, ¿cuándo has visto dinosaurios aquí en Chihuahua? — le pregunta Ruperto, incrédulo.

— Vete a la arboleda grande, a la hora del sol salen, está infestado, infestado de dinosaurios — responde, pero ante la incredulidad de los demás, corrige —, bueno, dinosaurio chico, si antes se da ahí el pobre animal porque hay poco pasto, pero eso sí, dinosaurio fino: sin hueso y con una pluma primorosa.

La cantina es una sola carcajada.

— Pues así, entre la manada de dinosaurios, haste pallá, haste pacá, vi uno: dieciséis puntas, pelo negro, ojo azul.

— ¿Un venado con pelo negro? — pregunta Ruperto.

— Bueno, oso.

— ¿Pues no decías que era venado? — habla Atenógenes.

— Deja platicar, Atenógenes — dice el hombre —. Pues bueno, me le acerco al oso.

— Con ojo azul — agrega Ruperto.

— Oso francés — responde el hombre ante la burla, y continúa —. Me le acerqué, apunté...

— ¿Con qué arma? — Ruperto no deja de molestar.

— Con una varita en la mano — responde el hombre.

— ¿Ahora me vas a decir que lo agarraste a varazos? — Ruperto no cree.

—No, las varas son para levantar las ramas — responde el hombre, mientras encorvado, haciendo la mímica, finge estar en el paraje salvaje y levantar las ramas —, porque ya ves que levantas una rama y ahí está un oso. Pero no le corras. Acércate: ojo con ojo, aliento con aliento. Y ya que lo tengas cerca, le echas estiércol en los ojos.

—¿Y de dónde lo agarro? —pregunta Ruperto.

—Te va a sobrar, Ruperto —responde el hombre, mientras lo repasa con la mirada, como midiéndole el miedo, y todos se ríen.

Después de todo, Piporro —o Laureano, como se llama en la película— sale de la cantina y se encuentra con dos mujeres. El destello que vio en el cielo no era una estrella, era una nave extraterrestre que tuvo que aterrizar de emergencia en la tierra. Las mujeres son de venus. Una se enamora de él, pero Piporro se enamora de la otra. Luego, balazos. Después, armas láser y lanzallamas. Un vaquero armado, con cualquier fusil, con revólver o armas láser. Casi al final, una traición; y por último, el triunfo del amor.

Cambia de canal.



Otra película, pero también está un partido de futbol. Emilio no sabe qué ver. La otra película es del barrio. *Sangre por sangre*. El partido de futbol, un clásico. A Emilie le toca ir y venir entre ese canal y otro. En donde está pasando el partido de futbol.

Paco persigue a Miklo por el pasillo, gritando y reclamándole, la música de trompetas simula un mariachi, aunque suene más alguna canción española. Luego el sonido se desvanece para dar paso al spray de un aerógrafo mientras en el cofre de un carro resalta el placazo de una obra de arte.

La pintura parece ser Popocatepetl cargando a Iztaccihuatl. Los cuerpos torneados, con músculos y curvas, demuestran el poder de la raza de bronce.

—Órale, mijo, este es Quetzalcoatl, el gran rey azteca, que fue poeta. Él gobernó el reino de Aztlán, que iba desde México y llegaba hasta Califas — dice Crucito.

—Sexy mamasota — responde Juanito, riendo

—Pon atención, pelao — dice Crucito, mientras con el codo golpea a Juanito, para luego regresar a la labor de sostener el aerógrafo y trazar las líneas que lo vinculan a una sangre que no le pertenece —, te voy a enseñar todo sobre Aztlán, porque este vato volverá un día a reclamar el reino de la raza. Wacha — finaliza, cuando termina el último trazo, en el que dentro de una cruz coloca sus iniciales y las iniciales de su carnalito.

El partido va cero a cero. Acaba de arrancar. Han pasado cinco minutos pero ya van tres acercamientos peligrosos a la portería. Uno de ellos con remate a gol. Pero el portero alcanzó a volar para tapar el tiro. Luego fue saque de esquina, pero lo despejaron de inmediato. Pumas avanza fuerte, aunque las Chivas vienen de ganar. El Pumas viene de una derrota por un gol ante el Puebla. Sin embargo, el Puebla le metió dos goles a las Chivas. Las cosas van parejas. Otro acercamiento del Pumas. El delantero se quita a uno, se quita a otro, va avanzando, cerca, rápido, corre, va, va, va, va, nooooo, ¿qué es eso? La desperdició.

Después Crucito cae víctima de la otra banda, Tres Puntos, quedando herido. En el hospital, se reúne toda la clica. Vatos Locos. Paco se acerca al Chuy y a otro carnalito. La puerta del hospital se abre para dar paso a la mamá de Paco.

—¿Qué estás haciendo? — le reprocha la madre.

—No podemos dejar que entre a nuestro barrio — sentencia Paco.

Pero enseguida la mujer se lanza y protesta.

— Lárguense de aquí, váyanse. ¿Con quién pelean? — pregunta, de manera retórica, la respuesta es evidente.

— Tres Puntos — responde Chuy.

— Chuy, ¿con quién están peleando, pendejo? Se matan entre ustedes mismos.

Paco trata de calmarla mientras la clica se desafana.

— Vámonos — se oye en el grupo.

— Son mis carnales, son mi familia — responde Paco, sacando el orgullo del barrio, mientras sostiene a su madre por los hombros.

La mujer le da una cachetada.

— Yo soy tu familia. Deberíamos estarnos cuidando unos a los otros, no peleando por un pedazo de esquina.

El partido va dos a cero. Acaba de meter el segundo gol el equipo universitario. El primero fue cortesía del portero del equipo rival en un despeje que terminó en el arco y el segundo vino por parte del delantero estrella. Además de un fuera de lugar por parte de las Chivas. Los comentaristas repasan las jugadas. Está cerca el medio tiempo. En ese espacio harán un análisis a fondo, porque un acercamiento peligroso de las Chivas podía terminar en gol, pero fue anulado por ser fuera de lugar. Entonces ven la jugada a detalle para justificar las mentadas de madre que se ganó el árbitro.

¿Quién es el gran traidor? Paco, convertido en policía, le dispara a Miklo. Luego llega a la casa de Crucito, quien consumido por las drogas, se refugia en lo único que le queda, en aquella pintura y aquel pincel. Cuando Paco entra, se encuentra con un cuadro azul, en donde Crucito sostiene una daga entre las manos, mientras en el pecho abierto se ve el rostro de Juanito. Parece ser la escena de Sagrado Corazón. Crucito como un Cristo. Camina, da un par de pasos para seguir en la habitación, donde al fondo ve a su carnalito del alma, al que negó, pintando una virgencita rodeada de calaveras, demonios y rostros demacrados. ¿Qué es lo

que nos atormenta? En los brazos carga el cuerpo de Juanito. De un golpe, Paco detiene la música. El funky y el jazz dejan de correr por la sangre de Crucito. Ahora sólo corre la heroína y el dolor. Los dos se ven, sosteniendo la mirada con firmeza, retándose. Luego, con un pañuelo amarrado al brazo, comienza a buscarse la vena para picarse.

Perdió el Pumas. Al final, las Chivas remontaron y el marcador terminó cuatro a dos. Quién lo iba a decir: jugaron como nunca y perdieron como siempre

Emilio cambia de canal.



Un hombre de traje diciendo que el mundo va de mal en peor. Habla de la guerra en medio oriente. Habla de los estragos del narcotráfico en el país. Habla del presidente de la república y sus detractores. Habla de los Estados Unidos como embajadores de la libertad. Habla de las enfermedades que azotan al mundo. Después da una pausa para darle paso a las noticias bonitas: pandas que lograron reproducirse; el pastel más grande del mundo en un país tercermundista de Latinoamérica; una mujer que se dedica a ayudar a vagabundos; un hombre que alimenta a perros y gatos callejeros.

Emilio cambia de canal.

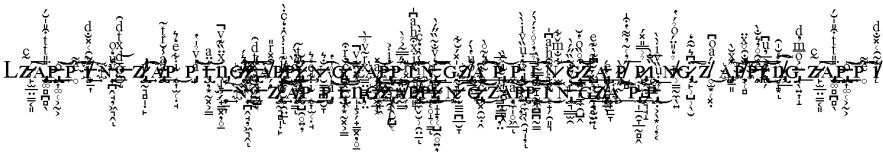


No hay señal. Ahora se enfrenta a la derrota del entretenimiento por televisión. De nuevo, la estática. El ruido como de lluvia. Se levanta y va al baño, para darse un regaderazo,

y mientras se baña piensa en las posibilidades de la vida, en enfrentar una nueva aventura. De fondo, el ruido de la televisión se confunde con el de la regadera y con el de la calle. ¿Qué se sentirá tener una vida de película? Piensa en el catálogo de filmes aburridos que ha visto. Afuera, el mundo le ofrece maravillas, o al menos eso le dice la televisión.

El agua le cae sobre la cabeza. Hace mucho tiempo que no llueve. ¿Cómo será vivir en una ciudad en donde sí llueva? Se enjabona mientras se imagina en una pelea con los mejores diálogos: ganar la discusión con su jefe, que es un pendejo, y no sabe llevar los asuntos de la oficina; ganar la discusión con el hombre que se te atravesó en el tráfico y ni siquiera te dirigió la mirada; ganar la discusión con la mujer que se metió en la fila del cajero del banco; ganar todas las discusiones. Imagina los diálogos y piensa en lo que hubiera dicho, pero se lamenta de no haberlo hecho; ni modo.

Sale, se viste y de nuevo se sienta en la sala. Hace calor. El sol entra por la ventana. Ya no sabe si la playera se le pega al cuerpo por la humedad del baño o por el sudor. ¿Qué sucede en el mundo fuera de la televisión? La ciudad es inmensa. Emilio apaga la televisión y la pantalla negra muestra su reflejo: la pantalla muestra a un hombre cansado de sí mismo.







Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx

Este libro se terminó de imprimir en el año de 2025
con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México.

